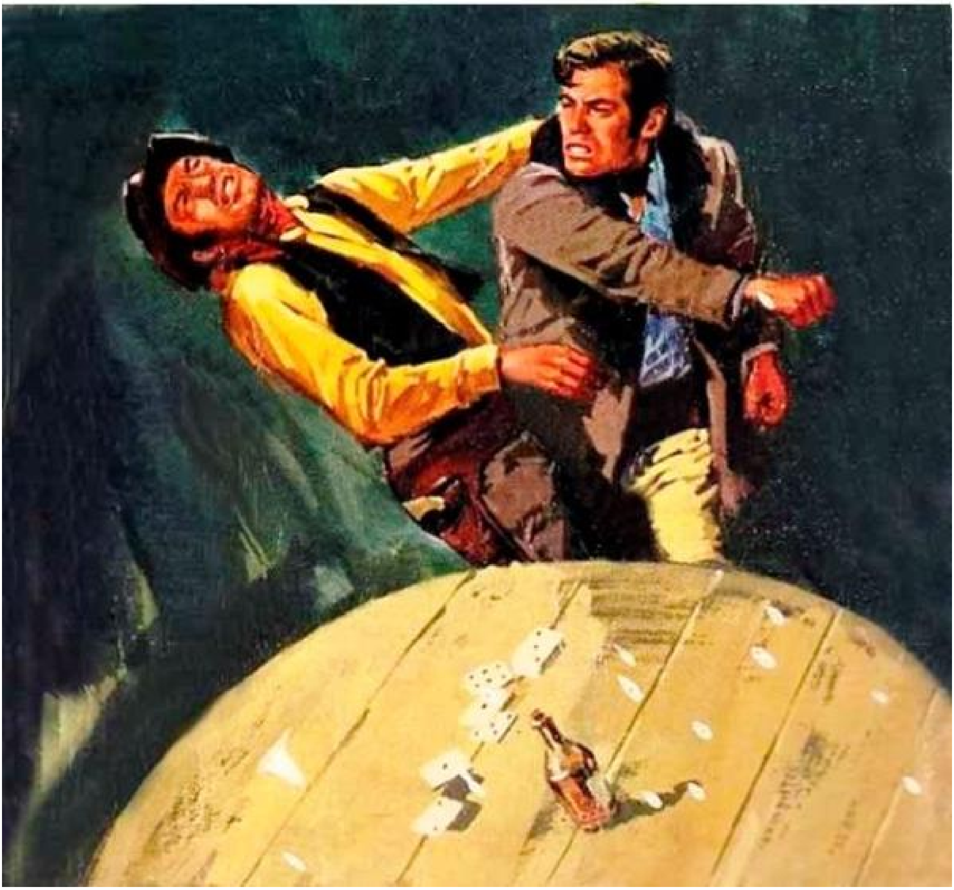
Héroes de la PRADERA

BOLSILIBROS BRUGUERA

Keith Luger

TERROR EN BULL-CREEK



Héroes de la PRADERA

Keith Luger

TERROR EN BULL-CREEK

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.º 140
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito legal: B 31562-1972

Impreso en España - Printed in Spain

2ª edición: septiembre, 1972

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

Las persianas de la habitación estaban echadas, pero la luz del sol, filtrándose por una rotura, arrancaba destellos metálicos al «Winchester» de cañón recortado que descansaba sobre el escritorio.

Bart Lomond, *sheriff* de Bull Creek, de veintinueve años, notó que se le dormía la pierna derecha, y cambió de posición en la cama, que le quedaba justa a causa de su extremada corpulencia. Dio vuelta al informe que tenía en las manos y continuó la lectura, llevándose el cigarrillo a los labios.

La puerta de la habitación se abrió y entró Spencer Carrol, el ayudante, rezongando entre dientes:

—No está mal, Bart. Tú en la cama y yo con mis sesenta años trabajando como un loco. Maldita sea, ¿por qué me tomaré la vida tan en serio?

Bart Lomond descendió de la cama, poniendo los pies en el suelo.

—Ten cuidado, Spencer. Vas a tropezar con la mesa.

—¿Yo? —El viejo Spencer embestid el mueble sin verlo—. Condenación, ya lo has cambiado de sitio.

—Nadie lo ha tocado, Spencer.

El anciano ayudante escupió un juramento entre dientes.

—¡No está en el mismo sitio! ¿Te crees que no tengo ojos en la cara? Tengo la vista más clara que nunca. Métetelo en la cabeza.

Lomond sonrió y dejó el expediente informativo a un lado.

—Hoy estás de mal humor.

El ayudante de Lomond se apresuró a acercarse a las persianas y las levantó cosa de un palmo para que la luz entrara y aclarase los contornos de los muebles.

—Hay cosas que lo ponen a uno enfermo —se volvió para

escupir—. Si, muchacho. Enferma uno de ver el egoísmo de la gente.

—La escupidera está un poco más a la izquierda, Spencer.

—¿Qué te crees, infiernos? La veo perfectamente. No estoy ciego. Bueno, a lo que iba, Bart. Acabo de ver a los Murphy. Están a punto de matarse entre ellos.

—Tú fuiste allí para hacerles sentar la cabeza.

El viejo ayudante rió pesarosamente, dejando que la mueca perdurara en su rostro arrugado.

—He fracasado, muchacho. Cuando la gente tiene que repartirse una herencia, parece que todos los hermanos sean bastardos. Ahí tienes a los Murphy. Siete hermanos y cada cual arrima su sardina al fuego para sacar la mejor tajada. Si el viejo Murphy levantara la cabeza…

—Esperemos que el juez Coromby arregle las cosas.

El ayudante tropezó contra la pata de la cama, pero disimuló, dándole ligeros puntapiés.

—También tengo ganas de que llegue el juez, muchacho. Ya estoy cansado de los Murphy y de que me llamen para cacarearles consejos de los que no hacen caso. Que corte el juez por lo sano…

—¿Qué tenías que decirme más, Spencer?

Spencer pestañeó.

—¿Cómo sabes que hay más novedades?

—En parte, te lo leo en la cara.

Spencer arrugó los labios y sacudió la cabeza, iniciando un paseo por la parte más despejada de la habitación.

—Dos forasteros bien plantados me han preguntado cuándo tiene que llegar el juez. Les he dicho que lo estamos esperando de un momento a otro.

Bart Lomond no hizo ningún comentario y siguió al ayudante con la mirada.

Al pasar varios segundos, Spencer se revolvió con una mueca.

—Está bien, demonios. Tendré que decírtelo. No me han gustado esos dos sujetos.

—¿No, Spencer?

—Creo que los he visto en alguna parte. Sí, Bart. Les pregunté cómo se llaman, pero me dieron dos nombres que no encajaban en mi cabeza. Te aseguro que a esos dos los conozco de algo. Y no

debe ser muy bueno.

Bart se puso en pie y se acercó al escritorio.

—Martin Joung y Ray Hillman. Así se llaman.

Spencer andaba en dirección contraria y se revolvió, dando un salto.

—¿Cómo?

—Son los dos a los que te refieres.

Spencer boqueó tratando de encontrar palabras y finalmente estalló:

—¡Que me ahorquen cabeza abajo! ¡De modo que lo sabías!

—Sí, Spencer.

—¿Cómo diablos has podido…? ¿Quién te lo ha dicho?

—Sólo hace media hora que estoy aquí arriba. Andaba por la oficina cuando los vi entrar en el pueblo. Luego, me entretuve un rato en el archivo, y finalmente di con el prontuario. Estos papeles son el informe.

Spencer boqueó un par de veces.

—¡Ya has tratado de tomarme el pelo otra vez, Bart! ¡Maldita sea! ¿Quién te has creído que soy yo? ¡Me estabas dando cuerda con todas las de la ley…! ¡Yo, infiernos…, yo…!

—Frena, Spencer. —Bart carraspeó—. Te gusta complicarlo todo.

Spencer simuló reír.

—Sí, ¿eh? Querías demostrarme que no soy un viejo inútil. Es eso, ¿eh? ¡Miren al chico del corazón de oro! ¡Condenación, no me hacen falta tus paños calientes! Estoy en plenas facultades.

—Nadie lo discute, Spencer. Todos sabemos que eres un buen sabueso.

El viejo fue a decir algo más, pero empezó a calmarse.

—Bien, ya sabes quiénes son y qué historial tienen. Ahora dime qué es lo que piensas hacer.

Bart tomó el rifle de sobre el mueble.

—No estará de más que les dé la bienvenida a Bull Creek. De paso, me dirán que se llevan entre manos.

—Apuesto a que ya tienen una historia a la medida para colocártela.

Bart Lomond abrió la puerta de la habitación y descendió las escaleras que conducían a la oficina.

Spencer gruñó cuando estuvieron abajo:

—Antes de que me lo digas me quedaré aquí limpiando la armería. Los rifles tienen dos dedos de polvo. Bart abrió la puerta de la calle.

—Puedes beber un trago, a pesar de la prohibición del médico.

—¡Nadie me ha prohibido nada! ¿Lo oyes? ¡Estoy sano como una manza…!

Bart no oyó más porque acababa de cerrar la puerta a sus espaldas.

Bajó a la calzada para dirigirse al bar de Most.

Spencer abrió la puerta y vociferó desde el hueco:

—¡Y manda al cuerno a todo el que te suelte chismorreo sobre mí!

Cerró de un fuerte portazo.

Bart oyó un estruendo dentro de la oficina y sonrió porque Spencer acababa de tropezar con algo, probablemente el archivador metálico.

El *sheriff* alcanzó la acera opuesta y empujó los batientes del local.

Most estaba en el fondo, apilando unos barriles de cerveza que acababa de recibir.

El *saloon* estaba casi vacío. Tres peones del rancho Orpington se encontraban amodorrados, con los sombreros sobre la cara. Sólo un par de hombres se volvieron bruscamente hacia el *sheriff* cuando lo vieron en la puerta.

Bart se acercó a los dos forasteros.

—Buenos días, señores.

El más alto levantó un vaso para brindar por el encuentro y sonrió.

—Hola, *sheriff*. Seguro que nos trae noticias concretas acerca de la llegada del juez.

—Ya sé que hablaron con mi ayudante, Hillman.

El hombre alto, el llamado Hillman, enarcó las cejas.

—¿Ha dicho Hillman? Me llamo Scopbody. Dick Scopbody. —Sin embargo, tengo datos personales de un hombre que se llama Hillman y se parece mucho a usted.

El aludido rió con fuerza y golpeó con el codo a su compañero.

—¿Has oído eso, Buck? No es la primera ni la última vez que me

confunden.

Bart entornó los ojos, mirando al amigo de Hillman.

—Lo curioso es que Hillman está asociado con un hombre que tiene todo el aspecto de usted, Joung.

—¿Joung? —exclamó Hillman—. Oiga, *sheriff*. Vamos a tener que revisar esas cosas a fondo. El tal Joung también ha salido mezclado con mi confusión unas cuantas veces. Este muchacho es Buck Burton.

—Mucho gusto, señores —el *sheriff* los observó con los ojos todavía entornados—. ¿Para qué quieren al juez?

Hillman, alias Scopbody, tosió y depositó el vaso sobre el mostrador.

—Verá, *sheriff*. Mi amigo Buck quiere comprar un rancho en River Valley y necesita que el juez le redacte un documento de venta para que lo firme el vendedor.

—Ya.

Hillman sacudió la cabeza.

—Esperamos que el juez no tarde. Sería una lástima que se nos escapara la ganga. ¿Qué le parecen mil dólares por ciento cincuenta acres de terreno y una buena casa?

Bart no creía una sola palabra, pero movió imperceptiblemente la cabeza.

—No está mal.

Hillman rió.

—Bien, *sheriff*. Andaremos por aquí. Seguro que nos veremos, ¿eh?

Bart se separó de la pareja.

—Seguro —dijo.

Los dos forasteros sonrieron y sus revólveres se balancearon ostensiblemente en los cintos.

Lomond fue hacia la puerta, dándoles la espalda.

Joung cambió una mirada con Hillman, quien asintió de una cabezada y tiró del revólver.

Pero sólo lo sacó un par de pulgadas porque en aquel instante el *sheriff* se volvió hacia ellos y los apuntó descuidadamente con el rifle.

Dejó correr unos segundos.

Joung se humedeció los labios y hundió el revólver en la funda,

rompiendo a sudar.

Hillman sonrió e hizo una seña a Joung para que disimulara.

Bart ladeó la cabeza.

—Sería una lástima si perdieran esa oportunidad —dijo, con la mano en la puerta oscilante.

Luego salió definitivamente del local.

Hillman y Joung miraron los batientes por los que acababa de salir el *sheriff*, y de pronto se inclinaron sobre los vasos y la botella para servirse una ración.

CAPÍTULO II

Bart Lomond atravesó la calle para dirigirse a la oficina, pero varió la dirección al ver el tílburi del doctor, que se acercaba por la derecha de la calzada.

El facultativo, un hombre de unos cuarenta años y escaso cabello, tiró de las riendas y detuvo el vehículo.

Bart se acercó a uno de los costados.

—¿Se marcha otra vez, doctor Stone?

—Procuraré estar de regreso a primera hora de la tarde, Lomond. He de salvar la pierna de Gregory o presento la dimisión.

—Está mal, ¿eh?

—Principios de gangrena. Un mal asunto, Lomond.

Bart se fijó en las pupilas grises del facultativo.

—¿Qué me dice de Spencer?

—De modo que lo ha notado, ¿eh, *sheriff*?

—Hace tiempo que empezó a perder la vista. Pero procura disimularlo y cada vez lo hace peor.

El doctor Stone hizo una mueca. Bajó la voz en un gruñido.

—Spencer no quiere que usted se entere, *sheriff*. ¿Comprende el punto de vista de ese hombre? Ha sido un buen sabueso y se resiste a creer que pierde facultades. Tiene su orgullo.

—Dígamelo a mí, doctor. —Bart esbozó una sonrisa—. Quiere darme ciento y raya en todo.

Stone hizo una mueca.

—Lo malo es que quedará ciego en un plazo más o menos breve, y creo que no podré hacer nada por él.

Lomond arrugó el entrecejo.

—No tenía yo esas noticias. Most dijo que usted esperaba el momento oportuno para operar esas cataratas.

—Es precisamente de lo que quería hablarle. Por desgracia, creo que el caso de Spencer no admite una operación.

Se hizo un largo silencio entre los dos hombres.

Bart desvió la mirada hacia la oficina.

El doctor carraspeó.

—No tengo más remedio que hacer creer a Spencer que podré curarlo. Incluso hemos hablado de operar cuando usted se vaya de vacaciones a Iowa. ¿Qué le parece?

—Es condenadamente orgulloso.

El doctor atirantó las bridas.

—Bien, *sheriff*. No hace falta que le diga que usted debe darle cuerda. Incluso no está mal la táctica de tomarle un poco el pelo cuando tenga esos tropiezos. De todos modos, no es un caso archivado, y podemos ver qué se hace con Spencer.

Bart miró con fijeza a Stone.

—Ponga toda la carne en el asador, doctor.

El facultativo asintió de un par de cabezadas y sacudió una mano, murmurando unas palabras de despedida.

Bart lo siguió con la vista hasta que el vehículo dobló la esquina de la calle Mayor.

Después, se dirigió a la oficina y empujó la puerta.

Spencer paseaba agitadamente de un lado a otro.

Se revolvió hacia Bart.

—¿Qué has estado hablando con el doctor? —gritó.

Bart apoyó el rifle en la pared.

—Hemos comentado el caso de Gregory.

—¿La pierna de ese leñador?

—Sí.

Carrol lo miró con un solo ojo lleno de sospecha.

—¿Qué dice de Gregory?

—El doctor va a tener que trabajar mucho para no amputarle la pierna.

Spencer continuó el paseo, más tranquilo, pero había algo más que no pasó desapercibido a Bart.

—¿Hay novedades?

El viejo ayudante se plantó delante del joven.

—Mírame bien Bart. ¿Tengo cara de idiota?

El joven frunció el entrecejo.

—¿Qué ocurre?

Spencer soltó un escupitajo lleno de rabia y recomenzó sus paseos.

—Maldita sea… Está visto que cada día soy más cero a la izquierda. ¿No me dices nada de esos dos sujetos?

Bart se dirigió hacia el escritorio y sacó una botella, de la que se sirvió un trago.

—Esperan al juez para que les redacte un documento de venta. Tienen a la vista una ganga en River Valley y quieren atraparla por los pelos.

Spencer se rió, acongojado.

—Y apuesto a que te lo has creído. ¡Bart!

—¿Qué hay, Spencer?

—¡No me gustan nada esos dos sujetos! ¡Palabra que no me gustan nada! Menos mal que tengo tema para entretenerme en otras cosas. Adivina quién se ha descolgado en estos minutos que estabas ausente.

—El presidente.

Spencer hizo una mueca.

—No me vengas con chistes, ¡infiernos! ¡Mike Murphy!

—Vaya. El hermano mayor de los Murphy.

—¡Ese cerdo…! ¡Me ha ofrecido cien dólares para que haga trampa cuando se celebre el sorteo de las tierras entre los siete hermanos! ¿Te das cuenta qué clase de puerco, Bart?

—¿Qué sorteo es ése?

—Según el testamento, pondremos papeles en un sombrero y una mano inocente sacará los números y nombres correspondientes a las parcelas. Me han elegido a mí como la mano inocente.

Bart sonrió.

—Vamos, no disimules que estás reventando de orgullo.

El viejo Spencer pestañeó.

—Eh… Demonios. ¡No tengo por qué negarlo! ¡Es lo menos que puede hacer esa familia, después de lo que me ocupo de ella! ¡Si viviera el viejo Murphy!

La puerta de la oficina se abrió con tremenda violencia y pegó contra la pared.

Spencer dio un salto en el aire y se volvió hacia el hueco.

—¿Quién es usted? —gritó—. ¿Qué manera de entrar es ésa?

Bart miraba de reojo, y se volvió totalmente hacia el recién llegado.

Se trataba de un hombre delgado, de unos treinta y cinco años y rostro demacrado. Tenía los ojos ligeramente saltones, evidentemente a causa de la alarma.

—Quiero… Vengo a… entregarme.

Hubo un largo silencio en la oficina.

Spencer dejó escapar un lúgubre lamento.

Bart se acercó al hombre, pasó por el lado de él, sin quitarle la vista de encima, y empujó la puerta para cerrarla.

—¿Qué le pasa, amigo?

El recién llegado alargó el cuello un par de veces hacia la ventana y dio unos pasos cortos y nerviosos para ponerse fuera del alcance de miradas indiscretas.

—¿Es usted el *sheriff*? —Se dirigió al joven.

—Sí.

—Vengo a entregarme. ¡Métame en la celda, *sheriff*! ¡Tiene que encerrarme!

—¿Qué ha hecho usted?

El hombre trató de fijar sus pupilas oscilantes, que iban de un lado a otro para hacerse cargo de donde estaba.

—¡Me llamo Oscar Cameron…! ¡Pero será mejor que me encierre, y se lo explicaré todo allá dentro! ¡Enciérreme!

—Primero le conviene serenarse, Cameron. ¿Qué le pasa?

Spencer rezongó:

—¿A quién se ha cargado usted, Cameron? ¡Vamos, conteste rápido! ¡Enséñeme las manos para ver si hay sangre!

Cameron lo hizo mecánicamente y gritó:

—¡Yo no he hecho nada a nadie! ¡Pero deben encerrarme!

Bart levantó una mano para imponer silencio.

—No podemos encerrar a quien no ha hecho nada. Será mejor que nos lo cuente todo por orden.

Cameron se retorcía las manos nerviosamente y hacía crujir los dedos.

—Es muy largo… Demasiado largo para contar… *Sheriff*, ¡yo… quiero declarar ante el juez! ¡Eso es lo que quiero!

Bart le señaló una silla.

—Siéntese. ¿Para qué quiere ver al juez?

—Quiero hacer una declaración… Una confesión.

—¿De dónde viene usted Cameron?

Éste se dejó caer en la silla, evidentemente sin fuerzas. Sus ropas denotaban que había corrido un largo camino.

—Hace… hace varios días que voy de un lado a otro, *sheriff*. La última vez que recuerdo, estuve en Fragott. Luego he corrido a campo traviesa para que ellos no me atraparan… ¡Pero me cogerán, *sheriff*! ¡Ya verá como me atraparán!

Bart sacudió la cabeza.

—Vamos, Cameron. Nadie va a atraparle aquí. ¿Quiénes son ellos?

Cameron se pasó una mano por la cara y sus nerviosos dedos se detuvieron para tamborilear en la boca.

—Se trata de varios sujetos… ¡Varios individuos a las órdenes de un ser repulsivo!

Spencer carraspeó roncamente.

—Oye, Bart. ¿Quieres que me alargue a ver si alcanzo al doctor? Siempre se detiene un momento en casa de la viuda.

Cameron enseñó los dientes.

—¿Se creen que estoy loco, eh? ¡No, *sheriff*! Estoy perfectamente bien. No me hace falta ningún doctor. Lo que necesito es un juez. ¡Un juez para hacerle la declaración!

Bart se pasó la mano por el áspero mentón.

—El juez no tardará en llegar. Lo estamos esperando.

—En ese caso será mejor que me meta en la celda. Es donde estaré más seguro. No… ¡No quiero que me maten!

—Le repito que nadie va a matarlo.

El hombre sonrió, apesadumbrado.

—Usted no los conoce, *sheriff*. ¡Vendrán por mí!

Se levantó de un salto, pero de pronto se le doblaron las piernas.

Bart lo tomó en el aire, antes de que diera en el suelo.

Spencer se acercó, gruñendo.

—¿Se ha desmayado? Infiernos, sólo nos tocaba convertir esto en un hospital…

—Vamos, acerca la silla.

Bart observó al hombre y se dio cuenta de inmediato que acababa de ser vencido por el agotamiento.

Carrol rezongaba en voz baja.

—Este tipo necesita rellenar el estómago. Se ve que no ha comido en varios días —levantó la manga de la levita de Cameron —. Ujú, se ve que es buen paño. Este tipo debió ser algo antes de que le diera la chifladura. ¿Le atizo un trago a ver si reacciona?

—No, con el estómago vacío. Vamos a acostarlo.

Spencer se sacudió las manos del polvo de las ropas de Cameron.

—Lo meteré en la celda.

—Vamos, te echaré una mano.

Spencer cargó con el forastero.

—¿A mí? ¿Qué te has creído? Puedo hacerlo perfectamente solo.

Hizo un supremo esfuerzo y arrastró a Cameron hacia el corredor.

Poco después salió, batiendo las manos.

—Lo he metido en la celda de la cama nueva. Oye, Bart, apuesto a que ese individuo se ha escapado de algún sitio. No le veo bien la cabeza. Por un poco no hemos pillado al doctor para que le revisara lo que tiene debajo del pelo. Esto me recuerda el caso Murray, cuando yo era *sheriff* de Vulcano City. Llegó un tipo así… Ah, ya te lo contaré algún día.

—Murray llegó de noche y cinco mujeres lo buscaban para matarlo. Te marchaste al *saloon* de Hugo y cuando regresaste ya estaba muerto, y lo había hecho un tahúr.

Spencer abrió los ojos de par en par.

—¡Infiernos! ¿Cómo lo sabes?

Bart aspiró aire lentamente.

—Me lo contaste tres o cuatro veces.

Spencer arrugó la cara.

—Hoy tengo demasiadas cosas en la cabeza y estoy hecho un lío…

El viejo continuó hablando.

Bart no lo escuchaba porque tenía la vista fija en la ventana.

Al otro lado de los cristales, Hillman y Joung se hallaban plantados y miraban el interior de la oficina, sin pestañear.

CAPÍTULO III

Lomond, con las mandíbulas apretadas, se quedó mirando a los dos individuos, quienes sonrieron a la par para disimular, y se despegaron de la ventana.

Bart se dirigió a la puerta y la abrió, saliéndoles al paso.

—¿Qué se les ofrece, señores?

Hillman todavía sonreía, pero sin muchas ganas.

—Pasábamos por ahí, ¿sabe, *sheriff*?

—Y se han detenido a lanzar un vistazo, ¿verdad?

Hillman rió de pronto, sacudiendo la cabeza, aunque su socio tenía el rostro pétreo.

—¿Sabe una cosa, *sheriff*? Nosotros conocemos a ese hombre que acaba de entrar. Se llama Cameron y estuvimos bebiendo con él allá en Rapite Hill.

Bart observó a los dos hombres.

—¿Sí?

Hillman continuó sonriendo.

—Queríamos saludarlo y beber con él unos tragos. ¿Lo ha metido en la celda o es que ese corredor conduce al lavabo?

—¿Por qué lo quiere saber, Hillman?

—Scopbody —corrigió Hillman—. Bueno, sólo queríamos interesarnos por él. En poco rato, allá en Rapite Hill, congeniamos los tres bastante, ¿eh, Buck?

El aludido asintió, emitiendo un gruñido, y como vio a Hillman que no dejaba de estar sonriente, lo imitó.

—Seguro, *sheriff*.

Bart entornó los ojos.

—Oiga, Hillman. Tengo que advertirle que no me gusta que me espíen la oficina, y menos cuando tengo visitas. Si necesitan algo,

llamen a la puerta y procuren no detenerse nunca en la ventana. ¿Está claro?

Hillman alzó las cejas.

—¡Oh, dispense, *sheriff*! Eh, verá… Sólo queremos saludar a Cameron. ¿Podemos entrar, verdad?

—No.

Hillman hizo una mueca.

—No me gusta su tono, *sheriff*.

—A mí no me gusta usted, Hillman. No me gusta usted ni su compañero. Si le dijera otra cosa sería el mayor hipócrita del mundo. Conque procuren permanecer alejados de aquí hasta que venga el juez y los despache.

Hillman levantó el labio superior.

—Cameron se alegraría mucho de vernos, *sheriff*.

—Lárguense.

—¿Cómo?

Bart formó una línea con los labios.

—He dicho que se marchen.

Hillman fue a decir algo, pero finalmente cerró la boca y cabeceó.

—Claro que sí, *sheriff*. Ahora mismo nos vamos. Andando, Buck.

Joung siguió a su socio, y durante el camino volvió la cabeza hacia el *sheriff* con las pupilas desprovistas de brillo.

Spencer se asomó por detrás de Bart.

—Que me ahorquen, muchacho. Cada vez me gustan menos las andanzas de esos dos fulanos.

—Hemos de tener los ojos bien abiertos.

Bart cerró la puerta y el ayudante fue tras él.

Spencer correteó hacia las celdas y retornó al minuto siguiente.

—Duerme como un bendito. Se ve que tiene más sueño que hambre.

—No estará de más que encargues una comida a Most.

Spencer se rascó la canosa cabeza con un ruido a lija.

—Le diré que me ponga unas croquetas de pichón en un papel y se las traeré a Cameron. Con aquella botella vacía de *whisky* puedo traerle también un poco de sopa.

Bart miraba fijamente hacia la puerta.

—Sigue hablando, Spencer.

El viejo pestañeó.

—¿Cómo?

Bart bajó la voz sin quitar la vista del resquicio de la puerta.

—Te digo que sigas hablando en voz alta. Hay alguien ahí husmeando.

El viejo soltó una falsa carcajada.

—¡Esos Murphy son unos tipos estupendos! ¡Se entienden a las mil maravillas, a pesar de que su viejo dejó las cosas tan mal arregladas! ¡La verdad es que el testamento no hay quien lo entien…!

Bart abrió bruscamente la puerta y un cuerpo se precipitó en el interior de la oficina.

Lomond lo tomó entre los brazos y se escuchó un grito femenino.

Spencer dio también un salto hacia la puerta y se produjo cierta confusión.

La joven desconocida se revolvió hacia el hombre que la había sostenido.

—¿Quiénes son ustedes? —exclamó. Se fijó de pronto en la estrella de metal que llevaba el joven prendida en la camisa—. ¡Oh! Estaba apoyada en la puerta…

Bart la observó con detenimiento y se cercioró de que era muy hermosa.

—Sí. Yo abrí y usted ha caído aquí dentro.

La joven sonrió, ahuecándose el negro cabello con la mano.

—Me he llevado un buen susto.

—Y nosotros también.

La joven rió.

—No me diga, *sheriff*. Creía que las autoridades no se asustaban nunca.

—¿Qué estaba haciendo en la puerta? —preguntó Bart.

La muchacha bajó la vista.

—¿Hace siempre esas preguntas a las mujeres que se detienen en un porche, *sheriff*?

Spencer soltó una carcajada.

¡La media! ¡Mi hermana andaba siempre igual…!

Dejó de reír bruscamente al ver que Bart permanecía pensativo.

—¿Está de paso por aquí, señorita? —preguntó.

Ella sonrió, ladeando la cabeza.

—Ya veo que conoce al dedillo su profesión, *sheriff*. Ustedes siempre andan enterándose de todo.

—Sí, señorita.

—Bien. No estoy de paso. Éste es el final de mi viaje.

—Vaya. —Bart cerró lentamente la puerta—. Ahora díganos como se le ha ocurrido elegir este lugar tan alejado para vivir.

—Vengo a ocupar un empleo.

Bart alzó las cejas.

—Eso resulta más curioso. ¿Qué clase de empleo?

—El doctor puso un anuncio en el periódico de Houston.

—Enfermera, ¿eh?

La joven asintió. Tenía los ojos muy brillantes, profundamente negros.

—Me gusta la profesión de enfermera, y además necesito trabajo. ¿Qué tal carácter tiene el doctor?

Spencer guiñó un ojo, alargando el cuello.

—Algo cascarrabias cuando está con el trabajo entre manos.

Bart carraspeó.

—Si piensa quedarse aquí, tendremos que llamarla de alguna manera.

—Entiendo la indirecta, *sheriff*. —La muchacha continuó sonriendo—. Mi nombre es May Burke.

Spencer pegó un salto, chascando los dedos.

—¡May! Igual que aquella chica que bailaba «La Danza de la Hoja»…

Bart carraspeó.

—Es curioso, señorita Burke…

May alzó una ceja.

—Continúe, *sheriff*.

—Hablé con el doctor hace un rato y no me dijo nada acerca de su nueva ayudante.

—¿Tenemos los vecinos que ponerle al corriente de todo, *sheriff*?

Bart notó el tono irónico de la muchacha.

—No, desde luego. Pero resulta extraño que no me hablara de usted, si tenía que ausentarse.

—¿Quiere decir que no está en Bull Creek? —May abrió la boca de labios gordezuelos.

—Exactamente, señorita Burke. El doctor no regresará hasta la tarde. O tal vez se retrase a mañana.

La joven arrugó el gesto, mirando al suelo.

—Debí prever una cosa así. ¿Algún caso urgente, *sheriff*?

Bart se lo explicó.

May aspiró aire lentamente y puso de relieve su busto prominente.

—¿Qué le vamos a hacer? Lo esperaré en el hotel.

Spencer estaba con la boca abierta, y roncó, volviendo en sí de su abstracción.

—Bueno, Bart. Me voy por las croquetas.

Abrió la puerta.

May vio la calle, y su rostro se puso súbitamente tenso.

—Estaré en el hotel, *sheriff* —dijo sin quitar la vista de la misma.

Bart notó la expresión de ella y, siguiendo su línea visual, descubrió en el otro lado de la calle a Hillman y a su compañero.

Los dos sujetos se descubrieron sonriendo a May.

Bart se aclaró la garganta.

—¿Los conoce, señorita Burke?

May fue a decir algo, pero debió cambiar de pensamiento porque se volvió de espaldas a la calle, enfrentándose con el representante de la ley.

—No, *sheriff* —apretó los labios y agregó—: Le ruego que me pase recado en cuanto sepa que el doctor ha venido.

Bart la vio alejarse, detenerse un segundo para mirar a los dos hombres y finalmente introducirse en el vestíbulo del hotel.

Hillman y Joung la siguieron también con las miradas y cabecearon varias veces hacia ella para llamar la atención.

Bart entornó la puerta.

Spencer pestañeó, observando el rostro del joven.

—¿Sospechas algo de ella, Bart? Me di cuenta cuando iba a soltar aquello de la Hoja de Parra.

—Esperaremos a que venga el doctor para hablar con él.

—Es chocante la gente que está lloviendo desde que tenemos a Cameron en la caldera. Yo también soy muy mal pensado.

—Vete por las croquetas, Spencer.

El viejo resolló dando un descanso a su mente, y abrió la puerta mientras Bart se dirigía al fondo de la oficina.

De repente se escuchó la galopada de un nutrido grupo de jinetes, y el aire se llenó de estampidos de revólver.

Spencer brincó en el aire.

—¡Infiernos, ya se armó!

CAPÍTULO IV

Bart y Spencer acudieron a la puerta, echando mano a las armas.

El viejo alargó el cuello al ver a los jinetes.

—¡Que me crucifiquen! ¡Son los hombres de Kid Godard!… ¡Godard va detrás!…

Bart salió brincando a la calzada.

Los jinetes se detuvieron, levantando una espesa nube de polvo y haciendo tronar sus armas al aire.

Los dientes de Bart estaban muy apretados.

Uno de los jinetes disparaba ostentosamente el «Colt» delante del *sheriff* y se reía a mandíbula batiente.

Bart apretó el gatillo, sin cambiar de posición, y la detonación del rifle se sobrepuso al crepitar de los revólveres. La bala arrancó el arma de manos del jinete, quien dejó de reír y se miró la mano vacía con una mueca.

Se produjo un silencio general de armas.

Entonces, un jinete se abrió paso entre los demás y se aproximó al *sheriff*.

—Canastos, Lomond. Usted de tan mal humor como siempre.

—Ya sabe que no me gustan los tiros, Godard.

Kid Godard rió, abriendo la bocaza de oreja a oreja. Era un sujeto de unos cuarenta años, de cabello muy negro y ojos del mismo color, que relumbraban como dos carbones.

—¿Cuándo aprenderá que la gente quiere divertirse, *sheriff*? No todos se han tragado una espina de tiburón como usted.

Los chicos de Godard rieron de buena gana.

Kid sacudió la cabeza, halagado.

—Los muchachos han estado arreando reses, millas y millas.

¿Qué vamos a hacer, *sheriff*? Tienen ganas de distraerse un poco.

¿Va a prohibírselo?

—El mes pasado les dije que podían descansar en el establecimiento del final de la calle Mayor.

Godard arrugó la nariz.

—¿Es esa pocilga? ¿Ahí quiere confiarnos, *sheriff*?

—Además, no quiero que nadie le dé gusto al dedo.

—Está enfermo de los oídos, ¿eh? ¡Chicos, el *sheriff* tiene el gusanillo de la oreja constipado!

Se produjeron nuevas carcajadas.

Bart clavó la mirada en Godard.

—El mes pasado hubo un muerto y varios huesos rotos, Godard. Dos meses antes murió otro hombre y hubo un malherido. Sume las peleas de costumbre. Voy a poner remedio a eso de una vez. Godard hizo una mueca.

—Está en plan duro, ¿eh? Maldita sea, acabaremos por no acercarnos por esta miserable aldea —se volvió hacia sus hombres —. ¿Quién me quitó de la cabeza que siguiéramos adelante? ¿Quién fue, infiernos? Si me acuerdo de él, le voy a saltar los dientes de cuajo.

—Bien, Godard. —Bart levantó la cabeza hacia el jinete—. Entren en el bar de Most. Será el único modo de que vea lo que hacen. Pero le advierto una cosa, Godard.

Kid se volvió hacia los chicos.

—¡Sombreros afuera, muchachos! ¡Va a hablar el reverendo Lomond!

Bart se contuvo gracias al dominio de sus emociones.

—Al primero que se salga del tiesto, lo meto de cabeza entre rejas. Y en el lote está usted incluido, Godard.

Kid retorció la cara en una mueca de ira.

—Maldita sea, *sheriff*. ¿Por qué le caigo tan gordo?

Spencer dio un brinco desde la acera.

—¡Ay, jefe que me troncho! —Se carcajeó.

Godard apretó los labios gordos, que convirtió en dos protuberancias.

—Bien, *sheriff* —dijo con rabia—. Estoy esperando el día que alguien le meta mano y que me cuelguen si Kid Godard va a mover un dedo por usted… ¡A la pocilga, chicos!

Todos los jinetes se pusieron en marcha.

El polvo se levantó y dejó una nube espesa en la calle Mayor.

Spencer sacudió la cabeza y subió a la acera.

—Era lo que nos faltaba, Bart.

—Sí.

—Menuda nos ha caído, muchacho. ¿De dónde vamos a sacar tantas manos para arreglar los asuntos?

—Dímelo tú, Spencer.

El anciano ayudante rezongó entre dientes y golpeó un puño contra otro. De repente, exclamó:

—¿Eh? ¿Quién es ese tipo?

Bart volvió la cabeza hacia la puerta de la oficina y vio a un sujeto rubio, alto, que les sonreía con unos dientes perfectos.

—¿Desea algo, forastero?

El tipo alto y rubio contempló, sonriente, a las dos autoridades de Bull Creek.

—Estoy esperando aquí desde que salió a recibir a esa gentuza.

Bart observó el revólver bien colgado que poseía el rubio.

—Hable —entró en la oficina y el recién llegado a Bull Creek lo siguió, con Spencer a la retaguardia.

—Me llamo Arthur Jewely y he traído un certificado médico que habla de Oscar Cameron.

Spencer pegó un respingo.

—¿Otro?

Jewely se volvió, enarcando una ceja.

—¿Qué quiere decir?

Bart se pasó una mano por la cara y dedicó especialmente atención al rubio, como si lo viera por primera vez.

—Mi ayudante quiere decir que Cameron está despertando un interés general.

—¿De veras, *sheriff*?

—Soy abogado —el rubio tosió, mostrando toda la dentadura al joven *sheriff*—. Ya puede dejar a Cameron en mis manos. No es la primera vez que lo saco de una comisaría. ¿Le ha pedido protección, verdad?

—¿Quién ha dicho eso?

—Mire, *sheriff*. Cameron está loco.

—Vaya.

El rubio arrugó los labios y se raspó el superior con la uña.

—Manía persecutoria. Su hermana tiene el suficiente dinero para que yo vaya detrás y lo saque de los embrollos en que se mete. Eche un vistazo a este certificado.

Bart soltó una risita.

—¿Qué te decía yo, Bart?

Lomond lo golpeó suavemente en el tobillo y Spencer pareció tragarse un hueso.

El rubio frunció el entrecejo.

—¿Qué está esperando, *sheriff*? Quiero alcanzar el empalme con el tren de Goodis City.

—Cameron no va a salir de aquí.

Jewely dejó de sonreír bruscamente y se quedó con una mueca torcida de furia.

—¿Qué está diciendo, sabueso?

—Cameron está resfriado y no puede salir.

Spencer se carcajeó, pero el rubio lo fulminó con una mirada, y se quedó con la boca abierta.

—*Sheriff* —dijo Jewely—. Usted se va a arrepentir de esto. ¡Hablaré con el juez ahora mismo!

—Tendrá que esperarlo, como todos nosotros. También Cameron.

—¿Cómo?

Bart respiró por las narices.

—Cameron quiere contarle unas cosillas al juez. Aprovecharemos el momento para ver si está loco de veras. Además, tendremos al doctor para que lo confiese.

Jewely dejó caer la mandíbula inferior y resolló con fuerza:

—Bien, *sheriff*. Volveré por aquí.

Bart y Spencer lo vieron salir y atravesar la calle con furiosas zancadas.

El ayudante de Bart se volvió.

—¿Qué opinas de este angelito?

—Busca a Cameron.

—Infiernos, ése Cameron debe llevar medio mundo detrás de él.

—Sí.

—¿Y todos quieren su piel?

—Estoy seguro de que Hillman y Joung han venido por Cameron, y no precisamente para llevarlo en anclas. El rubio utiliza

otros medios más sutiles, pero creo que se propone entregarlo en manos de los que lo persiguen o bien sanarlo él mismo de un balazo.

—¿Y la chica?

Bart dejó perder la mirada.

—No me gustó nada el verla apoyada en la puerta, pero te aseguro que me gusta de veras como mujer.

—Esas tenemos, ¿eh?

—¿Es necesario que te lo oculte? Me ha gustado mucho con sólo un vistazo.

Spencer se frotó las manos con una expresión traviesa en los ojos.

—Lío habrá.

May Burke entró en aquel momento.

—¿A qué se refiere, Spencer?

El anciano respingó.

—¿Yo? Infiernos… Hablaba de la gente de los tiros. Bart, me voy por las croquetas de una vez.

La joven se acercó a Bart, en cuanto quedaron solos.

—¿Podría ver al hombre de la celda, *sheriff*?

Bart levantó la mirada hacia el rostro de la joven y lo escrutó.

—¿Para qué quiere verlo? ¿Quién le ha hablado de Cameron?

Las largas pestañas de la joven se entornaron.

—¿No puede hacer una sola pregunta por vez, *sheriff*?

—¿De veras conoce a esos dos sujetos de antes?

La joven apretó los labios.

—Es usted muy suspicaz. ¿Cree que no me había dado cuenta? Después de haber tenido cierta conversación he atado cabos y usted creyó que estaba en la puerta para espiarle.

—Continúe.

—No crea que va a tirarme de la lengua. Hablo lo suficientemente claro para que me entienda. Quiero ver si ese hombre de la celda necesita alguna atención. Recuerde que soy la enfermera.

—De modo que ha estado de cháchara con el rubio, recién llegado y los dos sujetos de marras. Es eso.

—¿No le gusta, *sheriff*?

—Y seguro que el rubio le ha llenado a usted la cabeza de cosas.

¿Le enseñó el certificado médico?

May hizo chispear sus grandes pupilas.

—Ese certificado es genuino. Conozco la firma del doctor que está al pie del documento.

Bart sacudió la cabeza.

—Oiga, señorita Burke. Le aseguro que Cameron está perfectamente bien. Tiene una fuerte depresión, y no tardaremos en averiguar las causas. De todos modos, si me equivocara y estuviese algo chiflado, está muy bien en la celda.

—¿Conque se niega a dejarlo ver?

Bart la miró largamente.

—Le ruego que no insista, señorita Burke. Esperaremos al doctor.

La joven lo fulminó con la mirada.

—Muy bien —se dio media vuelta y anduvo hasta el hueco de la puerta, donde se detuvo—. Me habían hablado del caciquismo en estos pueblos, pero tenía que verlo para creerlo. Esperaremos al doctor.

Salió, y Bart se recostó en el borde de la mesa, dejando escapar el aliento.

Spencer entró con el envoltorio de croquetas.

—Canastos, Bart. Abre más las persianas. Esto está hecho una boca de lobo.

—Se ve lo suficiente.

—¿Es que vas a insinuar que estoy cegato? Maldita sea, tengo la vista demasiado clara.

Tropezó contra el saliente de la mesa y le saltaron dos croquetas por el aire. Manoteó frenéticamente sin poder alcanzarlas. Una cayó sobre la mesa y la otra la atrapó Bart, reintegrándola al envoltorio.

Spencer tomó bruscamente la de la mesa y se marchó rezongando hacia las celdas.

Bart se le adelantó y llegó primero al lugar donde descansaba Cameron.

Golpeó las rejas con las llaves y Cameron brincó asustado, sentándose en el lecho.

—¡No…! ¡No!

—Tranquilícese —dijo Bart. Entró en la celda.

Cameron lo contempló con los ojos vacíos de expresión.

—No me deje solo, *sheriff*… Puedo dormirme y entonces me liquidarían.

—Duerma sin preocupaciones. Nosotros nos encargamos de custodiarle.

El viejo Spencer se zampó una croqueta sin pestañear.

Bart se aclaró la voz:

—¿Qué le pasa, Cameron?

El hombre de la celda desorbitó los ojos y de pronto hundió la cara entre las manos.

—¡Mataron a alguien, *sheriff*! ¡Lo mataron a sangre fría!

—Quiere decir que ese sujeto que paga a los asesinos dio muerte a alguien. ¿No es eso?

Cameron asintió con vigorosas cabezadas. Pero no despegó los labios porque tenía la mirada perdida en las paredes dé la celda.

Bart carraspeó.

—¿Cómo se llama el asesino?

Oscar Cameron boqueó varias veces, pero finalmente movió la cabeza en sentido negativo y se dejó caer contra el respaldo de la cama, dando muestras de extremo agotamiento.

—Hablaré con el juez… Quiero hablar con el juez.

Bart asintió.

—De acuerdo. Esperaremos. Ahora será mejor que coma algo.

—¡Ajajá! —Saltó Spencer, con la bolsa de croquetas—. ¡Chúpese los dedos, Cameron!

El viejo continuó hablando, pero Bart dejó de prestar atención cuando salía por el pasillo.

Cameron no tenía aspecto de estar loco, pensó, sino de un hombre aterrorizado. Estaba claro que querían sacarlo de allí, y eso le daba la razón al preso. No era un chiflado con manías persecutorias. Varias personas se interesaban por él. Se podría apostar a que el rubio y los dos sujetos con nombres cambiados no se moverían de Bull-Creek mientras Cameron permaneciese en la celda.

Bart se quedó apoyado en la mesa, y allí lo sorprendió Spencer un rato después.

—Bart, muchacho. Ese tipo parece que sólo piensa en dormir. Apenas se engulló la comida, sin tomarle el gusto, torció el cuello y se puso a roncar.

—Debe andar muchos días sin pegar ojo.

Por el hueco de la puerta entró disparado un sujeto de unos dieciocho años, que gritó en el camino:

—*¡Sheriff!* ¡Van a matarse!

Spencer maulló, dándose la vuelta.

Bart sujetó al muchacho.

—¿Qué ocurre, Tim?

El jovencito señaló con el brazo extendido.

—¡Los Murphy, *sheriff*! ¡Tienen una batalla! ¡Se han liado a puñetazos…!

Spencer ahogó un juramento.

—¡Voy a arreglarlo, Bart! ¡Esto es cosa mía!

—No tardes, Spencer.

El viejo salió corriendo tras el muchacho, y un segundo después se les oía cabalgar hacia el fondo de la calle.

Apenas perdido el eco de los cascos, Bart escuchó un seco estampido de arma de fuego.

Se volvió hacia el corredor y cerró la cancela con dos vueltas de llave.

Luego tomó el rifle, cerró la puerta de la oficina, empleando en las operaciones, menos de diez segundos, y echó a correr hacia el local de Most.

Al abrir los batientes, la clientela apiñada concentró las miradas en él.

La mayor parte de los clientes eran hombres de Kid Godard.

Dos sujetos desharrapados, que estaban en el centro de la sala miraban alrededor, sonriendo jactanciosamente, y el más opulento dijo:

—¿De qué hablábamos, señores? ¿No les dije que acudiría al olor de la pólvora?

Kid Godard apartó a una mujer de mediana edad que tenía sobre las rodillas y se puso en pie, dirigiéndose al *sheriff*.

—Oiga, Lomond. He de advertirle que yo no tengo parte en esto, ni ninguno de mis chicos.

Bart desparramó la mirada por el local.

Se dirigió a los dos sujetos del centro.

—Ustedes van a salir ahora mismo de aquí, tomarán los caballos y se perderán con el polvo antes de que cuente tres.

Hubo un murmullo general de asombro.

El tipo corpulento del centro del local golpeó con el codo a su compinche, y ladeó la cabeza hacia el *sheriff*.

—Oiga, pollo. Usted debe estar loco de remate o es poco fisonomista. Eh, Godard, refrésquele la memoria.

Kid Godard se dirigió nuevamente al *sheriff*:

—Vuelvo a repetirle que me lavo las manos en este asunto. Pero ya que me piden que meta baza en él, voy a hacerle un favor. Estos dos señores son Al Thompson y Hoc Muller. ¿Recuerda el fichero? Ahora ya está al corriente.

Bart apretó las quijadas.

—Me gustaría tener la certeza de que usted no ha preparado este número, Godard. De veras que le haría arrepentirse.

—¿Lo veis, chicos? Está claro que le caigo gordo. Es irremediable.

Bart se volvió hacia los dos matones del centro.

—¿Qué se barajan ustedes, amigos?

Al aspiró con fuerza y destacó su poderosa musculatura, pero se tanteó el revólver.

—Mire, *sheriff*. Cuando llegamos, todo el mundo estaba abriendo la boca de aburrimiento. Nosotros vamos por ahí ganando algún dólar, y para eso tenemos que animar las reuniones.

—Entiendo, amigos. Ustedes van a divertirnos.

Al cabeceó como un gorrión.

—Sí, *sheriff*. Y hemos pensado en usted.

—¿Qué han proyectado?

Al volvió a codear a Hoc.

—Hoc y yo presentamos casi siempre un número que deja muy satisfecha a la clientela. Se llama «La Danza del Gusano».

—No me gusta.

Al enarcó las cejas.

—Nosotros lo pondremos al corriente, *sheriff*.

—Siga, Al.

El pistolero chascó la lengua.

—Usted sólo tiene que tumbarse en el suelo y, cuando nosotros empecemos a cantar «*Soy un gusanito muy inquieto*», usted empieza a moverse como si tuviera mamelucos en el cuerpo. ¿Entiende? Es decir, que se irá acercando a nosotros a base de arrastrarse y,

cuando llegue aquí, le meteremos la dentadura hacia dentro, de un botazo. ¿Verdad que es divertido, *sheriff*?

—Ustedes van a dar mucho que hablar, Al.

—Menos mal que alguien reconoce nuestro mérito. Andando, *sheriff*. Luego le daremos una tarjeta de un dentista que hace dentaduras postizas a un precio tentador.

Hubo un largo silencio en el local y todos miraron a Bart, quien sintió el peso de las miradas sobre si.

Kid Godard tenía los labios arrugados y, de cuando en cuando, levantaba el rostro para ver las reacciones del *sheriff*.

El rubio Jewely también estaba allí, pasándolo en grande.

Un poco más allá de él, Hillman y Joung, no se perdían detalle de la escena.

Bart suspiró profundamente.

Empezó a inclinarse.

—Bien, amigos. Por lo menos, traten de cantar afinados.

Al y Hoc ensancharon el pecho con orgullo y tararearon para buscar el tono.

—Adelante, *sheriff*. Y no haga tonterías porque Hoc está de mal humor y lo clavaría de un balazo.

—De acuerdo. ¡Canten!

Bart apretó las mandíbulas y el mecanismo de su dominio emocional trabajaba a presión excesiva.

Se lanzó al suelo y chocó con las rodillas.

Hubo una exclamación general de asombro.

Luego se acostó, pero los dos sujetos del centro adivinaron algo de inmediato, debido a sus percepciones extraordinarias.

Juraron a coro, echando mano a las armas, justo cuando el *sheriff* se lanzaba al piso.

Consiguieron desenfundar y disparar al mismo tiempo.

Pero el estruendo del rifle en manos de Lomond absorbió el crepitar de los revólveres y pareció enmudecerlos.

La realidad estaba en que las balas de Lomond habían atrapado a los dos sujetos, apenas con una diferencia de un cuarto de segundo.

Al fue empujado por el proyectil y arrojado con violencia extrema por debajo de las mesas, donde rodó hasta quedar inmóvil para siempre.

Hoc giró como una peonza al ser tocado en un costado del pecho y, cuando se le acabó la cuerda, fue a estrellar la frente contra el canto de una mesa de dados, donde rebotó para irse al suelo y morir.

El reloj del muro pareció aumentar el sonido a causa del profundo silencio que se hizo y de pronto dejó escapar una campanada.

El *sheriff* Lomond fue retrocediendo hacia la puerta y al llegar allí se valió del rifle, todavía humeante, para empujar los batientes.

—Espero que se sientan más animados después de esto —dijo.

Y salió del establecimiento.

CAPÍTULO V

Bart cruzó la calle y al acercarse a la oficina se detuvo en seco al oír algo en el despacho que lo llenó de sorpresa.

Se escuchaba el estridente vagido de un niño de pecho.

Bart empujó la puerta y vio a May Burke que acunaba al niño entre los brazos.

Ella levantó el rostro hacia el hombre.

—Ahora me explico muchas cosas, *sheriff*.

—¿Qué hace aquí con esta criatura, May?

La joven apretó los labios.

—Podría dejar de hacer preguntas por una sola vez.

—Bien, usted lleva la voz cantante.

May tenía los ojos brillantes de indignación.

—Por lo que veo, usted sólo se preocupa de matar a forajidos. ¿A cuántos ha liquidado ahí dentro, señor Lomond?

—Me desconté cuando quise enumerarlos.

El niño arreció en el llanto.

May se dirigió a la puerta.

—Si las autoridades de este pueblo fueran de otro modo, se ocuparían de que estuviera en orden el problema sanitario. Este niño estaba junto a una madre atacada de tifus. Una mexicana de las afueras.

Bart guardó silencio.

—El doctor se descompone en varios para poder atender todos los casos.

—Debían tener un hospital, otro médico, en fin, convertir este lugar en algo habitable.

Bart se pasó la mano por la cara.

—Trataremos de eso con el doctor cuando venga.

May abrió la puerta.

—Se lo diré. Usted tiene demasiado trabajo para atender estas cosas…

Se detuvo bruscamente, mirando el brazo de Lomond.

—¿Qué le ha pasado?

Bart siguió la mirada de ella y se sorprendió a sí mismo con una rozadura de bala totalmente indolora.

—Me di en la puerta.

May apretó los labios y sonrió, enseñando los dientes con desgana.

—Tendré que ocuparme de esa herida.

—No tiene importancia, May.

—Ah, salió el hombre duro. ¿Ha oído hablar del tétanos? Suele producirse por cosas así de insignificantes.

—Vamos, May…

Ella le traspasó la criatura.

—¿Tiene algo para tratar heridas en este cubículo, que no esté sucio de polvo? Espero que tengan agua en el patio.

May acudió a la puerta trasera y enredó por allí, produciendo unos ruidos metálicos. Eran los botes vacíos de conserva que apilaba el viejo Spencer para cambiarlos por tabaco.

El niño abrió mucho la boca y lloró de firme en los brazos de Lomond, quien empezó a darle vueltas, sin saber cómo ponerlo.

En eso se abrió la puerta de la calle y entró Spencer resoplando como una res. Tropezó con una silla.

—Maldita sea, está todo siempre por el medio…

Frenó en seco mirando el envoltorio que sostenía Bart en los brazos.

—¿Qué es eso? —gritó.

—Lo siento, abuelo. Hemos aumentado la familia.

Spencer pegó un salto, retrocediendo.

—¡Maldición! ¡Me lo figuraba!

—¿Qué estás pensando, Spencer?

—¡Me juraste que no tenías nada que ver con Manolita la mexicana…! Te ha endilgado la criatura, ¿eh?

En aquel momento salió May, trayendo unos trapos en la mano, que arrojó con asco a la papelera.

—Ni siquiera hay esparadrapo —rezongó.

El ayudante exclamó con los ojos abiertos:

—¡Te han herido, Bart! ¿Quién ha sido…? ¡Infiernos, dime quién ha sido!

Bart le puso el niño en los brazos y el viejo lo acunó mecánicamente.

—Lo leerás en el periódico —dijo.

—¡No te rías de mi, demonios!

May estaba vuelta de espaldas en un rincón y desgarró algo. Luego se acercó con un tarro de tintura de yodo, subió la manga de Bart, untó un poco, y empezó a enrollar la tela larga que estaba ribeteada con algo de vainica.

Una vez acabada la operación, May tomó al niño de brazos de Spencer.

—Le presentaré quejas al doctor antes de largarme de este lugar para siempre —dijo con los dientes apretados—. Incluso mandaré publicar algo de lo que ocurre en este pueblo, en el *Clarín de Houston.*

Cerró la puerta con fuerza y se alejó, con el niño en brazos.

Spencer pestañeó.

—Esa muchacha es un tesoro, Bart. ¡Qué temperamento!

—Al y Hoc, un par de tipos de pistola, quisieron liquidarme en la reunión de Godard —dijo. Y antes de que Spencer saliera de la sorpresa, agregó—: Habla con Smith, el carpintero. Habrá que enterrarlos.

Spencer se rascó la cabeza.

—Que me ahorquen si no me figuraba una cosa como ésa, Bart. ¡Nos están bloqueando por todas partes!

Bart explicó la escena del local de Most, y agregó unos comentarios que dejaron muy pensativo al viejo ayudante.

Luego, preguntó:

—¿Qué pasó con los Murphy?

—¡Demonios coronados! —rezongó Spencer—. Llegué en el momento cumbre. He puesto un poco de paz, pero dos de los hermanos tienen serios golpes en el cuerpo. ¿Por qué no vendrá el juez de una vez, muchacho?

—No dejo de hacerme esa pregunta.

El anciano señaló hacia la calle, echando un vistazo.

—Está aumentando la presión del ambiente, Bart. Míralos. Se

pasean por la otra acera como si esperaran el momento oportuno.

—¿Te refieres a Hillman y Joung?

—Y el rubio abogado también. Echa una ojeada por gusto. Parecen tres buitres acechando a la presa.

Bart obedeció.

—Ahí viene Tim otra vez como alma condenada.

Spencer tragó aire de golpe.

—¡Seguro que se han liado otra vez con los Murphy! ¡Maldición! ¿Es que no van a tomarse un descanso…?

Tim abrió la puerta con violencia.

Se dirigió a Bart.

—*Sheriff* —jadeó, apoyándose en el marco de la puerta—. Me envía Madigan… Ha encontrado vacío el carruaje del juez Coromby.

A Bart se le atirantaron los músculos del rostro.

Spencer se precipitó sobre el muchacho.

—¿Qué es lo que dices, Tim? ¿Quieres insinuar que lo han raptado?

Tim tragó saliva.

—Todos opinan que deben haberlo matado. Hay huellas de sangre en el vehículo. Está en el camino de Rocas Verdes.

Bart fue rápido hacia la puerta.

—Trata de tener los ojos bien abiertos, Spencer.

—¿Quieres decir que me dejas aquí solo? —Galleó el viejo.

—Tim te echará una mano, si hace falta. Lo nombro ayudante por un par de horas.

El aludido se esponjó, corriendo hacia la armería del rincón.

—¡No tenga cuidado, *sheriff*! Mantendremos el orden.

Bart asió el rifle que se apoyaba en la pared.

—Puede tratarse de una trampa para alejarme de aquí. Procurad que nadie entre, en mi ausencia.

Spencer escupió hacia un rincón.

—Tim se quedará dentro del corredor y peinará de un balazo al primero que asome las narices.

Bart quiso agregar algo más, pero salió por fin y corrió hacia el lugar donde tenía apersogado el caballo.

El ruido de galope se perdió por el fondo de la calle.

Spencer tropezó contra la hoja de madera, errando por unas pulgadas y, cuando iba a cerrar la puerta de la oficina, descubrió a

Hillman, Joung y el abogado Jewely.

Los tres sonreían, mirando la oficina.

CAPÍTULO VI

Bart Lomond empleó una hora en revisar el lugar donde había sido abandonado el vehículo del juez Coromby, y finalmente ordenó a los hombres atraídos por la noticia que retiraran el carruaje y lo llevaran al establo público.

Luego, lió un cigarrillo y se recostó contra una roca para encenderlo y fumar lentamente.

Diez minutos después de hallarse solo, arrojó el resto del cigarrillo y se dirigió al único lugar donde podía estar escondido un hombre atrapado.

Había tratado de razonar con la mente de ellos, y de pronto le surgió el nombre dibujado en mitad de la mente:

«El Tajo del Esqueleto».

Se dirigió a la cabalgadura, montó de un salto y no dejó de espolearla hasta que estuvo en el lugar elegido.

Se trataba de una sima abierta entre dos moles pétreas, de varios cientos de pies, cuyo fondo estaba al nivel del suelo y presentaba recovecos donde acampaban los indios en tiempos pasados.

Comenzó a caminar por el lugar más visible desde cualquier punto, y de pronto se convenció de que no había errado.

Sonó un estampido y la bala se llevó un pedazo de roca porosa que lo flanqueaba en la senda.

Bart siguió andando erguido porque estaba estudiando el lugar que ocupaba el tirador, y de pronto echó a correr.

El sujeto que se hallaba en lo alto de la roca volvió a hacer fuego y asomó medio cuerpo.

Bart levantó un poco el rifle, y le mandó dos balas, que fueron contestadas por un aullido de dolor.

Sin dejar de correr, se precipitó en la parte más angosta del Tajo

del Esqueleto, y de repente vio aparecer a tres individuos armados con sendos revólveres.

El del centro levantó el arma y habló con voz lo suficientemente clara para que llegase a oídos de Bart Lomond:

—Bien, muchachos. Todo era cosa de esperar.

El *sheriff* siguió andando hacia ellos, quienes empezaron a dar muestras de sorpresa.

El que estaba a la izquierda se movió nerviosamente.

—¡Míralo, Chuck! ¡Se viene de cara a un balazo!

—Dáselo, si se empeña en recibirlo a bocajarro, Ade.

El aludido se retiró cuando vio que Lomond echaba a correr de nuevo en dirección a ellos.

Entonces los dos hombres que quedaban se adelantaron con las armas en ristre.

Bart saltó sesgadamente hacia unas matas de tomillo, y desde allí empezó a trabajar con el rifle.

Ade apenas oyó el estampido porque emitió un grito todavía lleno de sorpresa, y se abatió hacia delante con las manos en el estómago.

Chuck abrió la boca, perplejo, y buscó refugio tras una gruesa piedra, sin poder comprender por qué el *sheriff* volvía a reanudar el camino hacia ellos, sin miedo a verse agujereado.

Bart dio otra corrida, y se situó entre las altas paredes que formaban el tajo.

Los dos sujetos saltaron de los escondrijos al verse el enemigo inexplicablemente junto a ellos, y volvieron las armas hacia él.

Lomond se dejó caer, apretó un par de veces el gatillo, movió la palanca, corrió otro poco y atrapó a Chuck de lleno en mitad de la cabeza.

El individuo herido que disparó en primer lugar apareció saltando y emitiendo aullidos, y finalmente se dirigió hacia un terraplén por donde desapareció, aterrorizado.

Era lo único que necesitaba el superviviente. Lanzó ostensiblemente el rifle por el aire y aprovechó el hueco que lo ponía a cubierto de las balas del *sheriff*.

También gritó al descender por la parte más accidentada y por fin pudo recuperar el equilibrio y llegó junto al otro fugitivo.

Una doble galopada se perdió en la distancia, indicando a Bart

que el campo estaba libre de enemigos.

Entró en los recovecos formados por el cataclismo geológico y de pronto vio un hilo rojo.

Siguió el rastro y más allá descubrió el cuerpo del juez Coromby.

Saltó hacia él y lo tentó, manchándose la mano de sangre.

Sin embargo, vio un hálito de vida en el caído y medio lo incorporó.

El corazón del juez latía débilmente.

Bart le dio la vuelta a la cabeza y se cercioró de que tenía una profunda herida causada por la guarnición de la culata de un rifle.

Entonces, Bart Lomond dejó escapar el aire retenido en sus pulmones y se dio cuenta de la terrible ira que había acumulado en los momentos precedentes.

Por fin, tomó el cuerpo inconsciente del juez y se lo cargó al hombro.

* * *

Una hora después, Bart Lomond entró por la calle Mayor de Bull Creek, cabalgando a un trote corto.

Había tenido la fortuna de encontrar al doctor Stone de regreso, y le había traspasado el juez.

El doctor se mostró muy hermético respecto al estado del herido, pero había prometido ocuparse de Coromby, aunque tuviera que desatender otros casos. Además, había concertado ocultar el hallazgo del juez mientras fuera posible.

Bart interrumpió los pensamientos al acercarse a la oficina, que estaba cerrada.

La voz de Tim sonó dentro, cargada de alarma:

—Voy a abrirle, *sheriff*.

—¿Dónde está Spencer?

Tim abrió la puerta y se dejó ver.

—Está ahí enfrente, en el local de Most. Hay jaleo.

Bart se dio vuelta rápida hacia la calle y miró el establecimiento.

—¿Qué sucede ahora? —preguntó de espaldas.

Tim se le acercó por detrás.

—Godard y su gentuza empezaron a armar escándalo. Parece que esos dos tipos que van con el rubio los jalearon para que Spencer se acercara.

—Entiendo. Se encontrarían con una sorpresa al verte aquí dentro con el rifle en la mano.

—¿Cómo lo sabe, *sheriff*? Se asomaron por aquí y golpearon la puerta apenas Spencer salió. Siento haberle roto el cristal, pero hice ese agujero cuando empezaron a dar patadas en la puerta.

CAPÍTULO VII

Spencer jadeaba de rabia con la quijada floja y se movía en medio de un pasillo formado por los hombres de Godard.

Kid Godard reía a mandíbula batiente, y gruesas lágrimas rodaban por sus ojos.

Spencer gritó con un gallo en la voz:

—¿Quién es el bastardo que me ha puesto la zancadilla?

Un tipo largo como una escoba dio un paso al frente y señaló hacia la hilera de hombres que tenía delante.

—¡Aquel pelirrojo, abuelo!

Spencer fue a moverse, pero una pierna salió a su paso y tropezó.

Se vino abajo, dando dos vueltas.

Las risas arreciaron con fuerza.

Carrol trató de ponerse en pie, ayudado por dos tipos muy fornidos, y uno de ellos lo encaminó hacia un cubo lleno de agua.

El viejo se desasió con rabia de los forzudos y metió una bota dentro del cubo.

No pudo sacar el pie y persiguió a los dos grandullones, mientras el público se tronchaba de risa.

—¡Condenado me vea, si esto nováis a pagarlo caro…!

Saltó hacia los que le rodeaban y se encontró de pronto con que le habían colgado una ristra de botes vacíos.

Godard se balanceaba sobre su grueso tronco y dejaba escapar un estruendo de hilaridad por sus fauces abiertas de par en par.

Spencer tropezó de repente con dos sujetos que no cedieron ante él: Hillman y Joung.

—Tenga cuidado donde pisa, abuelo —dijo Hillman, sin poder contener la risa.

El viejo ayudante lo apuntó con el dedo.

—¡Usted tiene la culpa de todo, forajido! ¡Yo vi cómo hablaba con esta chusma para tomarme el pelo! ¡Pero le juro…! ¡Le juro, Hillman, que se va a acordar de mí! ¡De Spencer Carrol!

Joung le mostró el caño del revólver.

—¿Qué le parece este juguete, abuelo? ¿Quiere que le escupa la cara por este agujero?

Spencer boqueó, lleno de ira.

—¡No me apunte con el «Colt»! ¡Soy una autoridad!

Hillman y Joung no pudieron contener las carcajadas al oír el coro a sus espaldas.

Joung se retorció tanto que de pronto apuntó hacia el suelo.

Spencer levantó la pierna derecha y le dio un puntapié en la muñeca.

Es revólver saltó por el aire y pegó en una cabeza de las filas de atrás.

Hillman apretó las mandíbulas.

—Vaya, el vejete tiene su genio. Tendré que retorcerle el pescuezo. Sí, abuelo. Le vamos a sacar los pocos dientes que le quedan.

Spencer empuñó el revólver torpemente y les dio la sorpresa.

—¡Quedan detenidos!

Hubo más risas que nunca.

Spencer apuntó a los dos socios, y el revólver le tembló en la mano, en parte porque no conseguía distinguirlos con claridad.

Hillman soltó un gruñido y bajó la mano hacia la funda.

Spencer movió el arma con tal nerviosismo que se le escapó un tiro.

Los hombres de Godard hicieron un claro, deteniéndose.

Spencer movió el «Colt» arriba y abajo.

—¡Vamos a la celda!

Hillman y su socio arrugaron la nariz ante el arma que tan pronto les apuntaba a la cabeza como al ombligo.

Empezaron a inquietarse pensando qué pasaría si al abuelo se le iba otra bala.

Se le fue.

Hizo estallar una botella de las estanterías superiores.

Hillman y Joung retrocedieron, pero se encontraron el

mostrador a las espaldas.

Rompieron a sudar a la vista del arma oscilante.

—Eh, abuelo… —Hillman levantó el labio superior con aprensión ante el cañón humeante.

Joung palideció y empezó a temblar.

—Va… va a matarnos si se le escapa…

Un par de hombres de Godard quisieron acercarse, pero el viejo disparó sin querer y el estruendo del espejo al caer en pedazos causó cierta impresión.

—¡Levante las manos!

—¿Qué demonios…? —empezó a maldecir Hillman.

Pero de pronto alzó las manos, al tiempo que Joung.

—¡No tire, abuelo! —gritó Joung agudamente.

—Andando, hijos.

Spencer escupió y los condujo hacia la puerta.

En aquel momento se hizo un gran silencio al aparecer Bart Lomond en la puerta.

—Enfunda el «Colt», Spencer.

El ayudante lo hizo a regañadientes.

Hillman y Joung resollaron, aliviados, al verse libres del arma oscilante.

—*Sheriff* —dijo Hillman—. Me gustaría de veras que un día dejaran las armas a un lado. Usted y su ayudante iban a recibir una buena paliza.

Bart aspiró aire.

—Todo es cuestión de esperar…

—¡Ya! —gritó Hillman, saltando hacia el joven *sheriff*, y Joung acató la orden.

Bart dobló las rodillas y se levantó con el puño en gancho.

Atrapó a Hillman bajo la mandíbula, y el tipo en abrió un hueco en las filas del público.

Joung hubiera abandonado, pero ya estaba en marcha y no podía frenar.

Intentó clavar la rodilla en el bajo vientre del *sheriff*, aprovechando que estaba al descubierto, pero Lomond se ladeó y recibió el golpe en la cadera.

A continuación, replicó con un enorme trallazo de derecha que ensordeció a los espectadores más próximos.

Joung encajó el impacto, dando una vuelta de campana y estrellando la cabeza contra una escupidera de latón.

Godard y sus hombres pestañearon, incrédulos ante los resultados de una pelea tan breve.

Bart se pasó la mano por la cara y se agachó para recoger el rifle del suelo.

—Le voy a tomar un par de hombres prestados para que nos ayuden a transportar a los detenidos, Godard. ¿Tiene algo que alegar?

El aludido entornó los gordos labios y sacudió la cabeza negativamente.

—Le juro que me ha dejado de piedra.

—Un día le pesará tanto, que se hundirá en el suelo, y mi ayudante y yo nos alegraremos, Godard —replicó el *sheriff*, y movió el rifle abarcando la sala—. Traigan a esa pareja.

—¡A esa pareja de bellas durmientes! —rió Spencer, y correteó detrás del *sheriff*.

CAPÍTULO VIII

Spencer continuó riendo a medida que salía hacia la calle, y de pronto emitió un graznido ronco.

—¡Humos sagrados! ¿Qué es eso, Bart?

Lomond siguió la indicación del viejo y descubrió a dos sujetos que estaban sobre el tejado de la oficina, dejando chorrear dos latas de petróleo.

Los dos individuos estaban tan atareados en su labor, que no se percibieron que eran observados.

Spencer siguió a Bart, pegado a sus talones.

—Quieren pegar fuego al edificio, en un intento desesperado de cargarse a Cameron… ¡Quieren asarlo, Bart!

El *sheriff* Lomond se acercó a los soportales para no ser visto desde arriba, y su ayudante lo siguió a saltitos.

—No pises fuerte, Spencer.

El viejo miró a todas partes, con los ojos muy abiertos.

—¿Qué vas a hacer, Bart? Esos tipos serán avisados por cualquiera, y entonces llegaremos tarde para apagar la hoguera…

—Espero que me concedan unos segundos. Les daré la sorpresa metiéndome en la oficina y saliendo por la claraboya del techo.

—Llegarás tarde, muchacho… Verás cómo llegas tarde.

—Necesito atrapar a uno para que cante de una vez el programa que se llevan entre manos y quién lo dirige. Rescaté al juez, pero no pude sacar nada en limpio.

—Me lo has de contar…, cuando nos den una tregua… ¡Demonios, qué día!

Bart hizo señas a Tim para que callase, y el muchacho los observó con la boca abierta, sin comprender.

El *sheriff* se dirigió a la escalera y subió silenciosamente.

Un momento después empujaba una claraboya del techo del desván.

Salió al tejado y sorprendió a los dos sujetos de espaldas.

—Venía a traerles fósforos —dijo.

Los dos hombres se revolvieron, respingando de asombro.

—¡El *sheriff*! —dijeron a coro.

Bart levantó el rifle.

—Quietos, amigos…

Pero el sujeto más delgado optó por algo heroico. Se lanzó desde el tejado a la calle.

Bart corrió y entonces el hombre que quedaba arriba, a pocos pasos de él, reculó hacia el alero y sacó el «Colt».

Lomond le tiró a una pierna, para dejarlo entero, pero no le acompañó la suerte.

El individuo braceó en el aire y cayó de cabeza a la calzada, produciendo un impresionante chasquido al quebrarse el cuello.

Bart dijo algo entre dientes y, después de contemplar la huida del tipo delgado en un veloz caballo, miró hacia abajo donde yacía el incendiario con el cuello retorcido como un muñeco roto.

* * *

Una hora después, Spencer paseaba rápidamente de un lado a otro de la oficina.

—Que me caiga muerto si en mi vida he tenido un día como éste.

Bart levantó un vaso de *whisky* hacia los labios y bebió, repantigándose en el sillón de muelles, detrás del escritorio.

—Nos estamos moviendo un poco.

—Un poco, ¿eh? Demonios, se junta una cosa encima de la otra. Eh… No debías haber licenciado a Tim.

—Ese chico ha hecho un buen papel, y no tenemos que romperle los nervios. No está habituado.

Spencer rió sin ganas.

—Y nosotros sí, ¿eh? Me dan tentaciones de presentar la dimisión.

—Espera un poco y nos jubilaremos juntos.

Spencer hizo una mueca y renegó:

—No sé cómo tienes ganas de chistes después del matute que

llevamos. ¿Te das cuenta? Primero todo son gestiones para sacar a Cameron de aquí y hacerle un relleno. No lo consiguen y, ¿qué deciden de pronto? Empiezan a golpear por lo bajo.

—Sí. —Bart dejó el vaso sobre el escritorio—. De un momento a otro estallará todo.

—Y nos encontrará a nosotros encima, Bart. Eso es lo que escuece. Nos traen un asunto desde lejos, sin comerlo ni beberlo, y tenemos que aguantar el tipo.

—Estamos en la obligación de proteger a Cameron.

El viejo pegó una patada a una bola de papel, pero no la apreciaba con claridad y erró.

—Para postre, el doctor dice que no lo ordeñemos para que lo cuente todo. Reposo y buenos alimentos. ¡Ja!

—Estás otra vez de malhumor, Spencer. Pero ya verás cómo se aclara el asunto.

—¿Cuándo, Bart? Dímelo tú. Para postre, el juez tiene la cacerola agrietada y tardará en entrar en funciones. Aquí estamos tú y yo dando el pecho. ¿No es un bonito panorama?

Bart frunció el entrecejo.

—El individuo que cometió el asesinato también tiene mucho trabajo a estas horas. Tal vez sea el que menos descansa, Spencer.

—¡Pobre muchacho! —Escupió el viejo.

—Está moviendo a mucha gente para recobrar a Cameron. Y estoy seguro de que nos seguirá mandando asesinos para sacar al testigo de aquí. Bien, lo han intentado todo. Trataron de sacarlo por medio del rubio Jewely, nos mandaron a Hillman y a Joung para libertarlo, y luego optan por liquidar al juez, con objeto de ganar tiempo y evitar la declaración de Cameron.

—Y te dejas en el bote el incendio frustrado.

Bart levantó la cabeza y suspiró.

—¿Cómo se entiende la nueva enfermera con el doctor Stone?

El viejo se apoyó en la mesa.

—Ahí tienes otra tajada. Esa muchacha nos está criticando el sistema higiénico de Bull Creek. Y lo malo es que el doctor le da toda la razón y quiere echar una parrafada conmigo. ¿Te percatas, Bart? Sólo nos buscan preocupaciones. Incluso echó un vistazo a Hillman y a Joung, y dice que tengo que ponerle a Hillman bolsitas de hielo en la cabeza. Le diste una buena coz, muchacho.

—Tuvo mala suerte al tropezar con un canto romo.

—Creo que deberíamos retorcerles las clavijas. Tal vez nos dieran la clave del misterio.

Bart cerró los ojos y los volvió a abrir.

—No sacaríamos nada en limpio, Spencer. Tanto Jewely como la pareja de la celda trabajan por encargo de algún intermediario. Y ese intermediario queda tan lejos como el asesino de los líos.

—Tal vez aciertas —gruñó Spencer—. Si el tipo del tejado hubiera conservado el cuello intacto también habríamos quedado limpios. Es lo que me revienta de este asunto. No se le ve la cola.

Frotó un fósforo contra la suela y se dirigió al quinqué del centro.

Bart se incorporó a medias.

—Espera, Spencer.

—Está haciéndose de noche y no me gustan las sombras.

Bart miró hacia la calle.

—Sin embargo, ofreceríamos un blanco perfecto para cualquier fulano, desde fuera.

El ayudante se quemó la yema del dedo y maldijo.

Se abrió la puerta sin previo aviso, y Spencer corrió hacia el rifle.

Bart vio entrar al rubio abogado y formó una línea con los labios.

—¿Qué se lleva ahora entre manos, Jewely?

Arthur Jewely sonrió levantando una carpeta abultada que llevaba entre manos.

—Grandes asuntos resueltos, *sheriff* —guiñó un ojo—. Ya me he enterado de que trataba de ocultar el hallazgo del juez. Pero tengo todos los papeles listos para que los firme.

—Lárguese, Jewely.

El rubio chasqueó la lengua.

—Tendrá que autorizarlo, Lomond. Está todo en regla. Ya puede peinar y lavar a Cameron porque voy a llevármelo de aquí.

—¿Quién le paga, Jewely?

—No le importa, pero haré una excepción. Pertenezco a una oficina de Houston que soluciona toda clase de asuntos. Cameron está en mi cartera.

—Está bien, dese la vuelta y váyase.

Jewely no se movió del sitio.

—Sería mejor que me ahorrara trabajo. Puede soltar a Cameron ahora. Caramba, tengo una lluvia de asuntos entre manos. También traigo un *habeas corpus* para que me entregue a los detenidos.

Bart apretó los labios, pero no dijo nada.

Jewely sacudió la cabeza, satisfecho.

—Además, me ha caído un buen cliente. Se llama Mike Murphy.

Spencer dejó escapar un respingo.

—¿Murphy? ¿Mike Murphy?

Jewely sonrió.

—He probado con suficiencia que Mike Murphy es el único hijo legítimo de la familia. Los demás son bastardos.

Spencer encontró cierta dificultad en respirar.

—¡Cuernos sagrados!

Jewely se volvió hacia el *sheriff*:

—Quiero pactar con usted, Lomond. Me entrega ahora mismo a los tres hombres que tiene encerrados y yo suspendo el atestado que tengo en marcha por su negligencia en Bull Creek. Irá firmado por la bella enfermera…

Bart se puso en pie lentamente y los músculos de su cara resaltaron de modo visible.

—Le voy a aplastar la cabeza, Jewely…

El rubio dio un paso atrás y abrió los ojos.

—¿Se ha vuelto loco?

—¡Sal de aquí!

Bart acudió hacia él, pero se detuvo al oír un grito desgarrador. Procedía de las celdas.

CAPÍTULO IX

El joven corrió por el pasillo.

Oscar Cameron se revolcaba en el piso de la celda, pegando aullidos.

Bart introdujo la llave en la cerradura y abrió en una fracción de segundo.

—¿Qué le pasa?

Fue a agacharse sobre el detenido, pero éste se arrimó contra la pared.

—¡Cuidado, *sheriff*! ¡Que se abalanza sobre usted! —Cameron estaba mirando con ojos desencajados el rincón de la pared que enfrentaba con la puerta—. Tenga cuidado.

—¿Por qué he de tener cuidado?

—Ahí está otra vez.

—¿El qué?

—¡La araña…! ¡No hace más que perseguirme…!

El viejo Spencer y Jewely ya habían llegado junto a la puerta.

Los otros detenidos, Hillman y Joung, protestaban a voz en grito.

—¡Maldita sea, *sheriff*! —decía Hillman—. Acababa de dormirme y buen susto me ha dado ése.

Oscar Cameron señaló hacia el rincón.

—Ya se va, *sheriff*…, ya se va…

—¿Adónde? —preguntó Spencer.

—A su madriguera. Pero volverá otra vez. Volverá… Hasta ahora nunca pudo atraparme porque estoy con el ojo bien abierto, pero llegará un instante en que me encontrará dormido y entonces… —Escondió la cara entre las manos y se puso a sollozar.

El rubio habló con una risita:

—¿Qué dice ahora, *sheriff*?

Bart lo miró con el ceño fruncido.

—¿Quién lo autorizó a venir hasta aquí?

—No sea testarudo. Usted lo acaba de comprobar personalmente. Este hombre está loco. Deje que lo lleve al sitio donde debe estar.

Oscar, al oír aquella voz, miró con expresión de temor al *sheriff*.

—¡No, no pueden llevarme!

El rubio sacudió la cabeza.

—Cameron, he venido a ayudarle. Soy su amigo.

—¡No iré con usted! —Oscar gateó hasta la pared del fondo donde estaba el ventanuco.

Jewely sonrió persuasivamente.

—No preferirá estar en esta celda, ¿eh, Oscar? No es lugar adecuado para usted…

El detenido miró al *sheriff*.

—Oiga, ¿va a permitir que me lleven…? ¡No quiero ir! ¡No quiero!

—No se preocupe, Cameron. Continuará aquí.

Arthur borró la sonrisa de los labios. Fue a decir algo pero Bart lo interrumpió:

—Ya basta, Jewely. —Se dirigió a Oscar—: ¿Se encuentra mejor?

—Siempre me encuentro mejor cuando ella se ha marchado Miró con temor hacia el rincón y dio un suspiro de alivio. —Siempre tarda un par de horas en volver… ¿Se da cuenta, *sheriff*? Dentro de un par de horas la tendré otra vez aquí.

—Cuando ella venga dentro de un par de horas, estaré con usted y, si aparece, le juro que le vuelo la cabeza de un tiro.

—¿De veras estará conmigo, *sheriff*? —preguntó Oscar, esperanzado.

—Ya se lo he dicho, muchacho, y sólo tengo una palabra.

—Gracias, *sheriff*. No sabe el peso que me quita de encima… Pero debe tener cuidado con ella… Es astuta como un demonio… Una vez en Palo Alto se me metió en la valija y, cuando fui a cambiarme de ropa interior, me la encontré allí… Tuve que salir por piernas…

—Conmigo no le valdrán las tretas —dijo Bart, y salió de la

celda.

Dio la vuelta a la llave e hizo una señal a Spencer, que estaba con la boca abierta, mirando al prisionero.

—Vamos, abuelo, ya terminó todo.

El rubio fue a hablar otra vez.

—Venga conmigo, señor Jewely.

Los tres regresaron a la oficina.

—Oiga, *sheriff*, ¿qué plan se trae? —inquirió el rubio.

Bart dejó el rifle sobre el armario y se sentó en su silla. Después de pasarse una mano por la cara, quedose mirando a su visitante.

—Empiece a confesar el suyo y luego me llegará el turno a mí.

—Usted sabe perfectamente por qué estoy aquí.

—No, no lo sé.

—Le presenté un certificado médico, acreditando que ese hombre estaba loco. ¿Lo recuerda?

—Me acuerdo perfectamente, señor Jewely.

—Usted solamente puede retener a un hombre, si ha cometido un delito.

—Hasta ahora está hablando como un libro abierto.

—Entonces, no necesitamos proseguir —exclamó triunfalmente —. Si Oscar Cameron no ha delinquido, y yo he probado que está loco, usted me lo tiene que entregar.

—¿Para qué?

—No haga preguntas simples, *sheriff*. Represento a los familiares de ese hombre, y ellos quieren que sea recuperado.

—¿Para qué?

—Para darle el tratamiento médico que necesita urgentemente.

—No, Jewely. Usted no se lo va a llevar.

—¿Todavía insiste en que se quede aquí? ¿Es que no lo ha oído gritar aterrorizado y contar esa historia de la araña que lo persigue?

—¿Quién puede negar que dice la verdad?

Jewely hizo un gesto de asombro.

—¿Está de broma, *sheriff*?

—En absoluto, señor Jewely.

—No me irá a decir que usted ha visto la araña.

Bart se masajeó el mentón.

—La vi.

—¿Qué?

—He visto la araña, señor Jewely.

Los ojos de Jewely brillaron, llenos de furia.

—¡No había tal araña!

—Tiene mala vista, señor Jewely. Yo vi una pequeña araña, tan diminuta como una cabeza de alfiler. Estaba trepando la pared.

—¡Ésa no era la araña a la que se refería Cameron!

Bart se echó hacia adelante. Sus músculos faciales estaban tirantes.

—Escuche, Jewely, y quiero que le sirva de una vez por todas. No se llevará a ese hombre, y le diré el motivo. Según la circular 134 de la Inspección de Comisarías del Estado, el *sheriff* se ha de preocupar de que una persona atacada de insania sea encerrada para impedir que cometa cualquier acto que dañe a la comunidad —hizo una pausa—. De modo que estoy cumpliendo con mi deber.

—No dudo que usted habrá recibido una circular de esa índole. Pero su autoridad también tiene límites, *sheriff*. Si un individuo atacado de insania es encerrado por usted, debe entregarlo a la persona que acredite debidamente la representación de la familia del paciente. En fin de cuentas, son ellos, los familiares, los que están más interesados en que esa persona no haga daño a la comunidad.

—Sí, Jewely. Está en lo cierto.

—Entonces, entrégueme a ese hombre.

—No lo puedo hacer porque usted no ha acreditado la representación familiar que se concede a sí mismo.

—¿Cómo?

—Ya lo ha oído. Cuando pruebe sin ningún género de dudas que representa a la familia de Cameron, se lo entregaré. ¿Tiene esa prueba, Jewely?

Sobrevino en la estancia un breve silencio.

—No, *sheriff*. Todavía no.

Bart abrió un cajón y sacó un frasco de *whisky*. Mientras desenroscaba el tapón dijo:

—Hasta la vista, señor Jewely.

El rubio cerró los puños.

—Me está cansando, *sheriff*.

—Usted también a mí.

—¿Tampoco va a soltar a los otros dos detenidos?

—Acertó, Jewely. Tampoco.

—Creo que es usted un tipo al que le gustan las complicaciones.

—No. Usted lo expresa mal. Soy un tipo al que le gusta su profesión y que no está dispuesto a realizar ningún acto que implique arbitrariedad.

Jewely dio media vuelta y echó a andar.

Cuando la puerta se hubo cerrado, Spencer soltó una risita.

—Le diste una buena lección, Bart. Pero la verdad es que estoy hecho un lío.

El joven bebió un trago de la botella y se la pasó a su ayudante.

Spencer sostuvo el frasco con la mano.

—¿No crees que Jewely tiene razón y que Oscar Camero está como un rebaño de cabras?

—No, abuelo. Jewely se equivoca. Oscar Cameron sólo se está haciendo el loco.

CAPÍTULO X

Spencer dio un respingo.

—¿Qué dices, Bart?

—Sólo ha pasado una cosa. Cameron oyó hablar a Jewely en el despacho, y temió que yo cediese por fin a la pretensión del rubio. Por eso se hizo el loco, y eso quiere decir que él también conoce la circular 134.

—Pero esa araña…

—Puro cuento.

El abuelo se rascó la cabeza.

—Muchacho, es demasiado complicado para mí.

—Dejará de estarlo cuando Cameron hable.

—En ese caso, ¿por qué no echas una parrafada con él?

—Es justamente lo que voy a hacer ahora. —Bart se levantó—. Vigila bien.

El abuelo sacó el revólver.

—Si vuelve Jewely, lo despeino.

—No creo que se deje caer por aquí en un buen rato.

Cruzó otra vez el corredor y se detuvo ante la celda de Cameron.

Oscar estaba tendido en el camastro.

Iba a meter la llave en la cerradura cuando oyó la voz de Hillman:

—Eh, *sheriff*, tengo hambre.

—Cenarán dentro de una hora.

—Infiernos, no podemos esperar tanto.

—Tenemos organizadas las horas de las comidas, y no se admiten excepciones, salvo cuando se trata de alguien a quien vamos a colgar.

Dio vuelta a la llave y se introdujo en la celda de Cameron.

El detenido seguía inmóvil.

—Cameron —le llamó.

—Eh, *sheriff*… ¿quién está ahí? —dijo el detenido como si despertase.

—No hace falta que siga disimulando.

Oscar parpadeó.

—¿Qué quiere?

—Que me cuente la verdad.

—Ha venido demasiado pronto. La araña tardará todavía en llegar.

—Oiga, Oscar, deje la araña en su sitio y escupa su relato.

—No le comprendo.

—Usted está muerto de miedo. Alguien quiere cobrar su pellejo, y no ha regateado esfuerzo alguno para conseguirlo, pero ahora está conmigo, con un representante de la ley.

—No tengo nada que decirle.

—Si le sirve de algo, voy a poner toda la carne en el asador por ayudarle, Oscar.

—Por favor, déjeme. Tengo sueño.

—No puedo seguir echándole una mano durante mucho tiempo.

—¿Por qué no?

—Si Jewely demuestra que representa a la familia de usted, no tendré más remedio que entregárselo.

—¡No! —gritó Oscar, saltando de la cama—. ¡No puede hacer eso!

—¿Tiene usted familia?

—Sí, a mi hermana Elsie.

—¿Dónde está?

—En Kansas City.

—¿Cabe la posibilidad de que ella autorice a Jewely para que usted sea conducido a Kansas City?

—No lo sé.

—¿Por qué no lo sabe?

—Elsie y yo nunca nos hemos llevado bien. Si Jewely conoce la dirección de mi hermana, podría conseguir una autorización telegráfica.

—En tal caso, debe usted hablar.

Oscar Cameron se mordió un puño.

—Usted no me creerá.

—Será cuestión mía si le creo o no.

—¿Quién me dice que no está vendido?

—¿Vendido a quién?

—A ellos.

—No, Cameron. Yo no estoy vendido a nadie. Sólo me interesa hacer respetar la ley y, si usted está dentro de ella, ya puede estar seguro de que ni Jewely ni nadie le harán daño.

Oscar permaneció un rato mudo y luego replicó:

—Lo siento, *sheriff*, pero no diré nada si no es ante la presencia del juez. Adopté esa decisión cuando me entregué a usted, y la sigo manteniendo.

Bart sintió deseos de atrapar a Oscar por la camisa y soltarle unas cuantas bofetadas, pero en el estado en que se encontraba el detenido solo iba a conseguir atemorizarlo más.

Contuvo la rabia exhalando el aire que retenía en sus pulmones.

—Está bien, Cameron. Con su actitud no me ayuda en nada y, si algo sale mal, usted será el responsable.

En los ojos de Cameron hubo una expresión de duda. Por un momento pareció que el detenido iba a hablar, pero luego se dejó caer en el camastro.

—Por favor, *sheriff*. Déjeme solo.

Bart salió de la celda y después de echar la llave fue a su oficina.

El abuelo estaba mirando por la ventana y giró la cabeza.

—¿Ya lo sabes todo?

—Seguimos como antes.

—De modo que no está loco.

—No, Spencer. No lo está.

—¿Por qué infiernos entonces no te ha contado la historia, si has salido en su defensa?

—Sólo la contará en presencia del juez.

—¿Qué vas a hacer, entonces?

—Voy a casa del doctor a echarle un vistazo al juez Coromby.

—Me gustaría que todo esto se arreglara pronto.

—Se arreglará, abuelo —dijo Bart, mientras iba hacia la puerta.

Al llegar al umbral se detuvo. Si se te complican las cosas, aprieta el gatillo. Yo vendré volando.

—Sí, Bart.

—Hillman y Joung quieren cenar, pero no se te ocurra salir, mientras esté afuera.

—De acuerdo, Bart.

—Atranca la puerta y no abras ni a tu padre.

El joven salió y esperó en el porche a oír que la puerta era atracada por dentro.

La oscuridad se había adueñado de la calle.

Del *saloon* de Most seguían saliendo risas y carcajadas.

Cruzó a la otra parte y miró por los batientes, buscando a Jewely, pero no lo vio por ninguna parte.

Kid Godard estaba bailando con una *girl* rubia y sus hombres acompañaban el baile con grandes palmadas.

Bart continuó su camino por la acera hacia la casa del doctor. Caminaba despacio, el índice sobre el gatillo del riñe.

Miraba hacia los rincones más oscuros, y cuando debía cruzar un callejón se detenía en la esquina, tratando de captar cualquier ruido sospechoso.

Cinco yardas antes de llegar a la herrería de Ed Callagan, oyó de pronto el crujido de una bota y se detuvo.

—¿Quién va ahí?

Ed Callagan salió por la puerta de su herrería.

—Soy yo, *sheriff*. Callagan.

—¿Por qué no tiene iluminada la entrada?

—La mujer de mi hermano está de parto. Me avisaron hace un instante. ¿Qué le parece? No soy casado, pero tengo que estar siempre en los partos de mi cuñada. Ya conoce a Billy. No lo sabe resistir.

—¿No va su mujer por el sexto?

—El séptimo, *sheriff*.

—Debería estar acostumbrado.

Ed Callagan rió por lo bajo.

—Seguro que lo estará cuando llegue al doceavo. Hasta luego, *sheriff*.

Bart hizo un saludo y continuó su camino hacia la casa del doctor.

A esas horas otros días se cruzaba con mucha gente, pero ahora todo el mundo estaba en casa. Sólo saldrían en un caso de extrema gravedad. Y eso quería decir que ellos también respiraban el

ambiente. Algo extraño y anormal estaba ocurriendo en Bull Creek.

Abrió la cancela del jardín y subió al porche.

Golpeó dos veces con el aldabón, y al cabo de un rato oyó pasos.

May Burke le abrió la puerta.

Bart se quedó sin habla porque la chica estaba maravillosamente bonita con su bata, medias y zapatos blancos.

—Buenas noches, *sheriff*.

Se despojó del sombrero y pasó dentro.

—¿Viene a interesarse por el niño?

El joven frunció el ceño.

—Usted no creería lo que dijo Spencer respecto a la posibilidad de que fuese mío…

—¿Le molestaría mucho que lo creyese?

Bart se pasó la lengua por los labios.

—Sí, me molestaría.

—No le gustan los niños, ¿eh?

—Yo no he dicho eso. Ese bebé no es mío, y no me gustaría que nadie me acreditase su paternidad.

Ella cruzó los brazos.

—No tiene que preocuparse por eso. Ya vino el padre por él, y se lo llevó.

Dio un suspiro de alivio.

—Bueno, me quita un peso de encima.

—¿Sólo ha venido a eso? ¿A aclarar lo de… su paternidad?

—Señorita Burke —dijo él con voz paciente—. ¿Puede decirme por qué siente animosidad contra mí?

—No siento ninguna animosidad contra usted.

En aquel momento se abrió la puerta del gabinete y el doctor Stone salió al vestíbulo.

—*Hola, sheriff.*

¿Cómo está el juez?

—Tiene la fiebre muy alta, y se ha puesto a delirar.

Bart se frotó el mentón.

—¿Cuándo cree que puedo contar con él?

—Espero que le baje la fiebre esta noche, pero no podrá hablar con él hasta mañana.

—Todo sale mal.

—Al parecer no se han arreglado ninguno de sus problemas,

Bart.

—No, doctor. Por el contrario, creo que están más complicados que antes.

—Lo siento. En cuanto al juez se refiere, no le puedo ofrecer más ayuda.

—Gracias de todas formas.

Stone se dirigió a la enfermera:

—Me tengo que ausentar, señorita Burke. He de asistir a un parto y ver la pierna de Gregory.

—Iré con usted.

—No hace falta, señorita Burke. Si hay que operar la pierna, lo haremos mañana.

El doctor se quitó su bata y atrapó la chaqueta que estaba en el perchero.

May Burke entró en el gabinete y salió con un maletín.

—No se olvide de su valija.

—Gracias, señorita Burke. ¿Viene conmigo, *sheriff*?

El joven se dirigió a la muchacha:

—Buenas noches, señorita Burke. Si me necesita para algo, estaré en la comisaría.

May Burke levantó la barbilla.

—No creo que lo necesite.

—Nunca se puede decir.

El *sheriff* y Stone salieron de la casa. Ya en la acera, se encaminaron hacia el vehículo del doctor.

—*Sheriff*…

—Diga, doctor.

—Quizá no he hecho bien en traer a esa joven aquí.

—¿Por qué no?

—Las circunstancias no parecen ser las más favorables.

—Todo volverá a estar tranquilo en Bull Creek.

—Admiro su confianza —el doctor trepó al tílburi—. Bueno, voy a traer al mundo al séptimo hijo de Bill Callagan.

—Suerte.

Stone fustigó al caballo y éste emprendió un trote por la calle.

El *sheriff* apoyó el rifle en la pared, sacó la bolsa del tabaco y se puso a liar un cigarrillo. Mientras lo encendía, dirigió una mirada a la ventana iluminada de la casa del doctor, y una sombra se retiró

de pronto del hueco de luz.

Sonrió para sus adentros porque había visto a May Burke mirando afuera.

Dio una chupada al cigarrillo y, tomando el rifle, se encaminó otra vez a la comisaría.

Estaba llegando al callejón de la Mandíbula Rota cuando oyó un ruido.

Retrocedió de un salto hacia la pared, se quitó el cigarrillo de los labios con la mano izquierda y lo dejó caer en el suelo. Mientras lo aplastaba con la bota dijo con voz seca:

—¿Quién anda ahí? Salga con las manos en alto.

—Sí, señor; Ahora mismo.

El *sheriff* vio aparecer por la esquina a Driver, el vagabundo.

—Soy Jesse, *sheriff*. No dispare. Supongo que se acordará de mí.

—Sí, Jesse, me acuerdo de ti, pero me dijeron hace una semana que estabas en Los Abedules.

—Sí, señor.

—Los abedules quedan a bastantes millas de aquí. Te has dado mucha prisa para llegar al pueblo.

—Un buen hombre me pagó el billete del tren hasta Coronado, y luego me vine hacia aquí cruzando por los montes.

—¿Tienes algún motivo especial para haberte llegado a Bull Creek?

—Oh, no, *sheriff*. Usted ya sabe que yo voy de una parte a otra. Soy como el aire y el viento. ¿Quiere que la recite completa la poesía?

—No, gracias, Jesse. Otro día. Ahora tengo un poco de prisa.

—Le he agregado dos estrofas, ¿sabe? Fue en la prisión de Face City. Ya sabe que allí tienen unas leyes muy severas contra los vagabundos. Me condenaron a trabajar siete días en los caminos vecinales. Me sirvió para alargar mi poesía.

—Lo celebro, Jesse —dijo Bart, queriendo dar por terminada la conversación.

—Pienso presentarme al concurso que todos los años convoca aquí el alcalde. Si hay justicia, esta vez me darán el premio de veinticinco dólares.

—Lo celebraré.

—Buenas noches, *sheriff*.

Bart bajó el rifle y siguió andando hacia la oficina.

Dejó atrás el bar de Melquíades Jiménez, el hotel de mala nota de Anthony Macow.

Estaba llegando al hueco del establo de Chusky Havilland cuando acortó su zancada.

De pronto, llegó a su oído el ruido inconfundible de su percutor.

Instintivamente, se arrojó al suelo porque no podía frenar su impulso.

Entonces, sonó el estampido.

CAPÍTULO XI

Sintió el silbido de la bala cuando pasaba por encima de él, a muy pocas pulgadas.

En lugar de rodar hacia la otra parte de la acera, se coló dentro del establo y siguió dando vueltas.

Otras dos balas lo persiguieron, mordiendo en la tierra.

Pudo ver los fogonazos y de pronto quedó de bruces en el suelo e hizo fuego con el rifle.

Un grito de muerte rasgó la atmósfera, y luego un cuerpo se desplomó.

Los caballos que estaban al fondo empezaron a patear y a moverse, nerviosos.

Bart permaneció un rato inmóvil, mirando hacia dentro. Estaba seguro de que el hombre al que había alcanzado con la bala estaría allí, pero no podía saber si se las tenía que ver con un solo enemigo.

Pidió al cielo que el viejo Spencer conservase la serenidad y permaneciese en la oficina con la puerta atrancada.

Los caballos se fueron aquietando.

De pronto, le llegó una voz de la calle:

—¿Quién hay ahí dentro?

Era el propio Chusky Havilland, el dueño del establo.

Bart se dijo que en cuanto él hablase sería localizado por cualquier persona que estuviese dentro.

—¡Quédese ahí, Chusky! —gritó, pero al mismo tiempo que decía eso rodó otra vez.

Eso le salvó la vida. Se produjo otro estampido y la bala se enterró justo en el lugar que acababa de abandonar.

Apenas quedó otra vez de bruces, hizo un disparo contra el rincón que había en la puerta del fondo.

Comprendió que no había dado en el blanco porque la bala chocó en la pared.

—¡Eh, qué pasa ahí! —volvió a gritar Havilland, desde la calle.

En ese momento una sombra brotó del fondo y escapó por el hueco.

Bart se levantó de un salto y se lanzó en pos del fugitivo.

Dobló como una exhalación por donde el asesino había tirado.

Justo en ese instante se oyó el golpe de una puerta.

Bart se quedó quieto, y llegó a la conclusión de que el pistolero que había intentado darle muerte se había metido en el hotel de Anthony Macow.

Permaneció inmóvil, dándose cuenta de que si iba inmediatamente al hotel, el fulano escaparía por la puerta principal. No era un buen sistema para echarle mano. El individuo en cuestión tenía que estar seguro de que lo había logrado engañar. Por ello dio media vuelta y se introdujo en el establo.

—Puedes pasar, Chusky.

Oyó pasos y la silueta de Havilland se destacó en el hueco.

—Demonios, *sheriff*, ¿qué juego es éste?

—¿Por qué no dejaste un farol encendido?

—Claro que lo dejé. Algún bastardo lo apagó.

—¿De dónde vienes?

—Fui a lo Max a beber un trago. ¿Está prohibido?

—No, Chusky. No está prohibido.

Havilland frotó un fósforo y aplicó la llama al farol que había en el techo.

De pronto, dio un respingo al ver el cuerpo que había tendido junto a la pared.

—¡Santo cielo! —exclamó.

Bart se acercó al individuo, le pasó la bota por el estómago y lo empujó.

El cuerpo rodó hacia un lado, quedando cara arriba.

Vio un hombre de unos treinta años, de barba muy crecida e indumentaria sucia, llena de polvo. Su pistolera, que ahora estaba vacía, colgaba muy baja.

Había recibido un balazo en el pecho, a la altura del corazón. Debió morir instantáneamente porque sus ojos estaban abiertos.

Bart no lo había visto nunca antes de ahora.

—¿Lo conoces, Chusky?

El aludido tardó más de tres segundos en contestar:

—*No, sheriff.*

—Quiero la verdad.

—Le he dicho que no lo conozco.

—¿Con quién llegó?

—¿Quiere dejarme en paz?

Bart dio media vuelta y se encaminó hacia los compartimentos donde estaban los caballos. Pasó la mano por cuatro de ellos sin detenerse, pero al llegar al quinto se volvió hacia el dueño del establo.

—¿De quién es este caballo?

—Oiga, *sheriff*; éste es un negocio honrado.

—No te discuto que sea honrado, Chusky. Sólo te pregunto a quién pertenece este caballo. Hizo un largo viaje.

—Está bien. Pertenece al tipo que ha matado usted.

—Eso está mejor.

Se acercó al potro que estaba junto al que acababa de tocar y después de palparlo con la mano se volvió nuevamente hacia Chusky.

—¿Y éste?

El dueño del local empezó a gruñir por lo bajo:

—Lo traía su compañero.

—Bueno, ya hemos llegado a eso —dijo Bart, y se acercó a la lámpara bajo la que se encontraba Chusky. Descríbeme al otro tipo.

—No quiero líos.

—Soy la ley; y estoy haciendo una investigación.

—No tiene nada que ver conmigo.

—Han tratado de asesinarme en tu establo.

—No puede acusarme de eso.

—No. No puedo acusarte. También tengo intención de hacerlo, al menos hasta que haya hablado con el compañero del hombre muerto.

—Váyase, *sheriff*. Váyase antes de que le rompa la cabeza.

Chusky caminó hacia la pared, y el *sheriff* vio allí un enorme palo.

El dueño medía casi dos metros de talla y pesaba noventa kilos. Era el tipo más fuerte de Bull Creek.

Bart sabía que no le tenía ninguna simpatía. En más de una ocasión, Chusky le había buscado las cosquillas, pero él encontró la manera de eludir la pelea, no porque le tuviese miedo sino porque vencer a Havilland lo haría impopular. Pero ahora cambiaban las cosas. Estaban los dos solos. Se le estaba enfrentando abiertamente.

—Chusky… Me vas a describir a ese tipo, quieras o no.

El otro se echó a reír.

—¿Cómo lo va a conseguir, *sheriff*? ¿Metiéndome una bala en la rótula?

—Yo no disparo contra hombres desarmados.

—Tengo mis dudas, ¿sabe? —Mientras decía eso, puso la mano sobre el palo.

—¿Por qué me odias?

—No diga tonterías, *sheriff*. Yo no lo odio a usted.

—Sí, Chusky. Te vengo observando desde que llegué aquí, y tu mayor deseo sería que alguien me hiciese morder el polvo. Has intentado ponerme en ridículo cuando yo no estaba en tus reuniones. Tú sabías que yo me enteraría, y calculabas que algún día iría en tu busca.

—¿Y por qué no lo hizo? —rió Chusky.

—Preferí dejar el agua correr.

—Eso está bien. Dice lo valeroso que es. Ahora debe seguir el mismo camino. Deje el agua correr.

—No. Ahora no.

Chusky levantó el palo.

—Le voy a abrir la cabeza, *sheriff*.

—No lo intentes.

—Me estaré quieto si da media vuelta y se larga.

—Me iré en cuanto hayas contestado a la pregunta que te he hecho, con respecto al otro forastero.

—No hay respuesta.

El *sheriff* avanzó.

—Quédese quieto.

Bart continuó acercándose.

De pronto, Chusky le descargó el palo sobre la cabeza.

El joven saltó a un lado y el garrote se estrelló contra el suelo.

Al fallar el golpe, Havilland se vino hacia delante, pero Bart lo enderezó, cascándole el mentón con el cañón del rifle.

Chusky retrocedió, escupiendo maldiciones.

—¡Lo voy a matar!

Se abalanzó otra vez sobre el representante de la ley, pero ahora movió el palo de derecha a izquierda.

Bart recibió un terrible golpe en los riñones, y se derrumbó en el suelo.

Chusky lanzó una risotada y se dirigió hacia él.

Lomond trataba de llevar oxígeno a sus pulmones. Vio que el garrote bajaba sobre él, y se apartó como un rayo.

Havilland falló nuevamente, y cuando trataba de rectificar su puntería, Bart le golpeó en el cuello con la culata del rifle.

El vapuleado cayó sobre sus cuartos traseros.

Eso sirvió al joven para tomarse un descanso.

Chusky no había perdido su belicosidad.

Cuando salga se aquí, el doctor va a tener mucho trabajo con usted, *sheriff*.

Lomond desvió el palo con el cañón del rifle e impulsó la culata contra la cara de Havilland.

Chusky recibió el golpe en las narices.

Se derrumbó sobre la pared, con la cara ensangrentada. Aun así, intentó alcanzar a Bart con su palo, pero éste tenía todas las ventajas, y le descargó el cañón en la muñeca.

El gigantón cayó sentado sobre la paja, lanzando un aullido de dolor.

Lomond le apoyó el cañón en la oreja.

—¿Quieres más, Chusky?

—¡Maldito sea!

—Descríbeme a ese muchacho, o te juro que te doy tu merecido.

—¡Ande, dispare, atrévase!

Bart retrocedió, cogió el palo y se lo arrojó al regazo.

—¡Levántate y empecemos otra vez!

Sus palabras surtieron efecto. Por primera vez vio pintado el miedo en el rostro de Chusky.

—Elige. Te levantas por tu propio pie o te levanto yo a garrotazos.

Chusky comprendió que el *sheriff* estaba hablando en serio.

—Es rubio, veintitrés o veinticuatro años. Sus cejas son blancas y tiene una cicatriz justo en el centro de la frente.

—Está bien, Chusky… ¿Ves qué fácil es colaborar? Me lo podrías haber dicho al principio, y habríamos continuado siendo tan amigos.

—Váyase al infierno. Y o nunca seré su amigo.

—Como tú quieras —dijo Bart, y se encaminó hacia la calle.

Mientras caminaba hacia el hotel de Anthony Macow, sacó un pañuelo, con el que se enjugó el sudor de la cara.

Se metió dentro del establecimiento. Macow atendía el registro.

—Buenas noches.

Anthony era un hombre de cabello negro y bigote finalmente recortado. Vestía con pulcritud.

—¿Qué fueron esos tiros, *sheriff*?

—Una pareja de tipos intentaron mandarme al otro mundo.

—Caramba, *sheriff*, ¿qué me dice?

—Liquidé a uno de ellos.

—Me alegró mucho —sonrió Macow.

—El otro está aquí.

—¿Aquí?

—Sí, entró por la puerta trasera.

—No debe decir eso. Éste es un hotel respetable.

—No me cuente chistes.

Anthony hizo una mueca.

—Usted sabe que cumplo con todas las ordenanzas.

—Sí. Sé que conoce todas las ordenanzas y que cuando las burla se cree muy listo. Pero debe enterarse de una cosa. Yo hago la vista gorda mientras sus contravenciones no son importantes.

Macow empezó a enrojecer.

—*Sheriff*, le juro que…

—No jure nada —lo interrumpió Bart—. Busco a un hombre rubio, de unos veintitrés años de edad, tiene las cejas blancas y muestra una cicatriz en el centro de la frente. ¿Lo tiene como huésped?

Anthony tragó saliva, pero no dijo nada.

—Está bien. ¿Cuál es la habitación de ese fulano?

—La nueve.

—¿El nombre?

—Se inscribió con el de Rudy Lowell.

—Le acompañaba otro tipo.

—Sí, señor.

—¿Uno solo?

—Sí, *sheriff*. Uno solo. Un tipo moreno de ojos muy grandes.

—Es el que maté. Ahora tengo que atrapar al otro.

Bart se dirigió hacia la escalera.

—¡Eh, *sheriff*! —lo llamó Macow.

—¿Qué quiere?

—¿Va a haber jaleo?

—Eso no depende de mí —dijo Bart, poniendo el rifle bajo el brazo.

—Hay muchos huéspedes durmiendo.

—Me hago cargo, Macow, pero yo tengo que atrapar a un asesino. ¿Prefiere subir usted y decirle que lo estoy esperando aquí abajo?

—Oh, no, *sheriff*.

—Lo suponía —dijo Bart, y continuó su camino hacia la escalera.

Una vez arriba, se deslizó silenciosamente por el corredor hasta la puerta número nueve. Se arrimó a la pared y llamó con los nudillos.

De pronto, una voz femenina dijo:

—Pasa, querido.

Capítulo XII

Bart alargó la mano e hizo girar el tirador de la puerta. Luego le pegó un empujón abriéndola.

Tras una pausa, oyó otra vez la voz de la mujer:

—¿Por qué no entras?

Bart se dejó ver en el hueco con el rifle por delante. Su mirada recorrió rápidamente la estancia, pero sólo vio a Lilian Hope.

Estaba sentada en el borde de la cama, mirándolo a él con sus grandes ojos verdosos, rasgados.

—Caramba, si es el *sheriff* de Bull Creek.

—Hola, Lilian.

La joven estaba en actitud de quitarse un zapato. Era hermosa y bella. Había llegado seis meses atrás a la ciudad, contratada por Most para cantar. Desde el primer momento, Lilian había dirigido sus baterías sobre el *sheriff*. Le había gustado aquel hombre rudo, alto, fuerte, que respiraba virilidad por todos los poros. Pero éste se había contentado con tratarla con deferencia, sin prestarle especial atención.

Bart entró en la estancia y cerró a sus espaldas, apoyándose en la pared.

A la derecha había un armario, cuyas puertas estaban cerradas.

El lavabo estaba en el rincón, cerca de la ventana.

—*Sheriff*, me deja asombrada…

—¿Sí?

—Tardó mucho en decidirse.

—No vengo a lo que tú crees, Lilian.

La joven enarcó las cejas.

—*¿No, sheriff?*

—Busco a un hombre, al huésped de esta habitación.

—¿Por qué lo busca?
—Por intento de asesinato.
—Lamento decirle que él no está aquí.
—¿Adónde se marchó?
—La última vez que lo vi fue en el *saloon* de Most. Resultó un antiguo conocido de Amarillo, y me dijo que le esperase en esta habitación para beber un trago de *whisky* y charlar de los viejos tiempos.
—¿Cuándo ocurrió eso?
—Hace media hora —la joven hizo una mueca—. ¿Me permite que me descalce, *sheriff*? Este zapato me aprieta demasiado.
—Sí, puedes hacerlo.
—Qué amable es usted.
Ella se agachó para quitarse el zapato, y él entonces le vio por el escote el extremo de un fajo de billetes.
La joven dio un suspiro cuando se hubo descalzado.
Bart dirigió una mirada rápida al armario, y luego habló a la joven:
—De modo que conociste a Rudy Lowell en Amarillo.
—Sí.
—Y hablaste con él en el local de Most.
—Es lo que le he dicho, *sheriff*.
—¿A qué se dedica él?
—A lo que sale.
—Sí, lo imaginaba, pero pienso que al verte en el *saloon* te diría qué clase de trabajo ha venido a realizar en Bull Creek.
—No, *sheriff*. No me lo dijo.
—Ya —se miró la punta de las botas—. Entonces, ¿no se llegó aquí?
—Todavía no. Y tengo la impresión de que no vendrá.
—¿Por qué no?
—Usted mismo lo acaba de decir. Rudy intentó matarlo, pero falló.
Bart se desplazó hacia el armario, sin apartarse de la pared. Lo hizo con naturalidad, mientras hablaba.
—Me hubiese gustado atraparlo, pero al parecer, nuestro amigo Lowell ha debido largarse del pueblo.
—Seguro, *sheriff*. Y crea que soy la perjudicada. Rudy me enseñó

un buen fajo de billetes.

De pronto, Bart abrió el armario de un tirón y metió el cañón del rifle en el interior.

—¡Quieto, Rudy!

El hombre rubio, que estaba acuclillado entre dos vestidos femeninos, tenía el revólver en la mano, pero no estaba apuntando hacia arriba.

—Suelta el arma.

Rudy miró al *sheriff* y se echó a reír.

—¿Qué ocurre?

—¡Revólver fuera!

El rubio dejó caer el arma y se enderezó. No era muy alto.

—¿Qué significa esto? Soy un pacífico ciudadano.

—Sí, un pacífico ciudadano que estaba en el armario, tratando de matar la polilla con un revólver.

El rubio salió del armario, sin borrar la sonrisa de los labios. Puso los pulgares en el cinturón, mirando a Bart.

—¿Sabe que es un tipo muy gracioso, *sheriff*?

—¿Quién te pagó?

—No sé de qué me habla.

Bart le pegó con la culata del rifle en la cara.

El rubio tropezó con el armario y se hubiese derrumbado de no haber andado ligero con las manos.

—Maldito sea, *sheriff*. ¿Qué forma de interrogar es ésa?

—Sólo interrogo así a los bastardos que quieren pasarse de listos. Nunca me gustó que me anden disparando.

—Sigo sin saber a qué se refiere.

—Tú y el otro intentasteis matarme en el establo donde dejasteis los caballos.

—¿Cuándo lo ha soñado, *sheriff*?

—Muy bien, Rudy. Vendrás conmigo a la oficina.

—No tiene ningún derecho a detenerme.

—Claro que lo tengo.

—He estado aquí todo el rato, ¿verdad, Lilian?

—Sí, lo estuvo.

Bart miró a la *girl*.

—No conocía tus intenciones hacia mí, pequeña; pero celebro que esta oportunidad sirva para ponerme al corriente.

Los ojos de la hermosa mujer centellearon.

Baje los humos de una vez, *sheriff*.

Hubo un breve silencio y luego Bart dijo:

—Andando, Rudy.

—De modo que se empeña en llevarme…

—Y hasta es posible que permanezcas un poco de tiempo en la celda, hasta que te ablandes.

El rubio fue a replicar otra vez, pero Lomond le rozó con la culata del rifle.

—¡Fuera!

Rudy caminó hacia la puerta, y cuando iba a salir dirigió una rápida mirada a Lilian.

Bart también miró a la rubia.

—Gracias por haberme avisado, nena.

—¿Yo? —dijo ella con un gesto de asombro.

—Vi los billetes que Rudy te debió entregar cuando llegó al cuarto para esconderse. Siempre he dicho que un escote de mujer puede resultar peligroso.

Tras decir esto, Bart empujó a Rudy, señalándole la escalera.

Anthony Macow seguía tras el registro. Había sudado mucho en los últimos minutos porque se enjugaba muy aprisa la cara con un pañuelo.

Rudy se dirigió a él:

—Eh, señor Macow, ¿qué clase de hotel es éste que consiente que un *sheriff* arreste a uno de sus huéspedes?

—Lo siento, amigo, pero ya hice todo lo que pude.

Bart abrió la puerta de la calle y empujó otra vez a Rudy.

—A la derecha, muchacho.

Los dos hombres caminaron por la acera, uno detrás de otro.

No se veía a nadie por la calle.

Ahora Bart tenía el dedo sobre el gatillo del rifle. Y caminaba muy arrimado al rubio. Si alguien disparaba contra él, corría el peligro de cargarse al forajido.

Se dio cuenta de que el propio Rudy no andaba muy seguro porque no hacía más que mirar a un lado y otro.

—¿Esperas que te salven?

—Seguro que lo harán, *sheriff*, pero no será cuando usted lo esté esperando.

Llegaron al porche de la oficina, y Bart golpeó la puerta con el rifle.

—¡Abre, Spencer, soy yo!

El abuelo desatrancó la puerta y abrió unas pulgadas, asomando el cañón del revólver.

Retrocedió de un salto al ver al rubio.

—No tires, Spencer, es un prisionero —advirtió Bart, y pegó un empellón a Rudy, enviándolo dentro de la oficina.

El joven cerró la puerta tras sí.

Carrol se quedó mirando al detenido.

—¿Quién es?

Bart le contó lo que le había ocurrido en el establo de Chusky.

—Menos mal —suspiró Spencer—. Cuando oí los disparos, pensé que te habían tendido una celada, y que tendría que arreglármelas solo.

Rudy sonrió.

—Es en la situación que se encontrará, abuelo.

—Di otra palabra como ésa, y te escupo a la cara, bastardo.

—Usted también llevará lo suyo.

Bart le apoyó el cañón en la espina dorsal.

—A la celda, matón.

Tomó las llaves y condujo al rubio por el corredor.

Hillman y Joung se levantaron de los camastros al ver que el *sheriff* estaba abriendo la puerta.

—Infiernos —exclamó Hillman—. Mira quien tenemos aquí, Joung. Si es nuestro conocido Rudy Lowell.

Rudy penetró en la celda, e hizo un saludo con la mano.

—Hola, muchachos.

Bart cerró la puerta de la celda.

—Ahora tendréis mucho tiempo para hacer planes.

Volvió a la oficina. El abuelo dijo, después de beber un trago de *whisky*:

—Si seguimos así, no vamos a tener sitio para todos los detenidos, ¿eh?

Lomond dejó el rifle en el armario y se sentó en la silla.

Se encontraba cansado.

—¿Hasta cuándo vas a aguantar? —inquirió Spencer.

—Ya queda poco.

—¿Qué crees que va a pasar?

—Está claro. Terminarán por dejarse caer por aquí para libertar a esos tipos y llevarse a Oscar Cameron. Por añadidura, quizá también intenten matar al juez. Tendrás que dormir aquí. Yo me voy a casa del doctor.

—Está bien, muchacho.

Bart se puso en pie. Volvió a tomar el rifle y caminó hacia la puerta.

—Eh, chico —dijo Spencer.

—¿Qué hay, abuelo?

—Cuidado con la enfermera.

Bart se echó a reír, mientras salía de la estancia.

—Atranca la puerta.

—Avanzó silenciosamente por la acera de tablones, y llegó a casa del doctor sin novedad.

Después de llamar con el aldabón, se puso a silbar una canción.

—¿Quién es? —dijo la voz de la señorita Burke.

—*El sheriff.*

—¿Qué quiere?

—Dormir… quiero decir que vengo a vigilar.

La joven abrió la puerta.

—¿Qué es lo que empezó a decir, *sheriff*?

—Olvídelo —repuso él, y se metió dentro.

De pronto, Bart se echó a reír, viéndola con la nariz tiznada de blanco.

—Está muy graciosa.

—¿Qué le pasa?

—¿Es la nueva crema que usan en el Este para aumentar la belleza?

Ella se miró en el espejo de la consola y se limpió la nariz con la mano.

—Estoy poniendo en orden el gabinete del doctor.

—Sí, ya sé que le da por la higiene.

—¿Qué es eso de que me da? Me gusta que todo esté limpio. Y a propósito, ¿cuáles son sus intenciones?

—¿Cómo?

—No habrá venido aquí solamente para ver mi nariz.

Él se apretó el lóbulo de una oreja.

—No estoy muy seguro.

Ella cruzó los brazos.

—Oiga, *sheriff*, ¿se ha llegado sólo a requebrarme?

—¿Qué pasaría?

—Me produciría una gran decepción. Usted, el hombre entero de Bill Creek.

—De modo que ha estado haciendo preguntas al doctor acerca de mí.

—¿Le molesta?

—No, de ninguna manera. Eso contribuirá a estrechar nuestros lazos.

—Sí ya ha dejado de bromear, ¿quiere explicarse?

—Está bien, muchacha. La vida del juez peligra.

—El doctor ha dicho que esta misma noche se le irá la fiebre.

—No me refería a la fiebre, May. Hay otras cosas más peligrosas.

La joven agrandó los ojos.

—¿Supone que van a venir a matarle?

—Es posible.

—Pero ¿qué país salvaje es éste?

—No se preocupe, me tiene a mí…

—Cree que tengo miedo, ¿eh?

—Es natural que lo tenga, siendo mujer.

—Pues se equivoca a ese respecto.

—Lo celebro mucho. ¿Dónde está el juez?

—En la habitación contigua al gabinete.

Bart entró en el gabinete y tropezó con una silla, pero mantuvo, el equilibrio.

Todo estaba en desorden.

Se volvió, frotándose la espinilla, y vio que la joven se cubría la boca riendo.

—¿Lo encuentra divertido?

Ella tomó un pañuelo que había dejado sobre una silla y se lo puso en la cabeza.

—Apártese, si no quiere que lo manche.

Alcanzó una larga escoba y empezó a pasarla por el techo.

Bart emitió un gruñido y abrió la puerta de la habitación donde se encontraba el juez.

El herido descansaba en la cama y, según pudo comprobar Bart,

su respiración era normal.

Examinó la ventana, asegurándose de que estaba bien cerrada, Entonces salió fuera y justo en ese momento le cayó un montón de polvo del techo.

—Eh, May, ¿por qué no pone más cuidado?

May estaba subida en una silla y se volvió, un poco furiosa.

Lanzó un grito al perder el equilibrio, y empezó a derrumbarse.

Bart saltó sobre ella. La pudo atrapar antes de que cayese de la silla, pero dejó correr una fracción de segundo, y de esa forma May cayó a peso muerto entre sus brazos.

CAPÍTULO XIII

Retuvo contra sí el cuerpo de ella.

Su boca estaba alcanzando la de May Burke.

—Eh —dijo May—. ¿Se ha quedado paralítico?

Pero tampoco la joven hacia nada por soltarlo, cosa que habría podido lograr con sólo descansar los pies en el suelo.

—Oiga, May, tiene usted unos ojos castaños maravillosos.

—No están mal, según me han dicho algunos.

—¿Cuántos?

—No he llevado la contabilidad.

—Pero al menos habrá tenido en cuenta a alguien en especial.

—A nadie. ¿Me quiere soltar?

Él la dejó en el suelo y carraspeó.

—Tiene que adelgazar un poco.

—¿Cómo?

—Tiene grasa en la cintura.

Ella levantó la barbilla.

—Hago gimnasia todos los días y como espinacas los jueves. Tengo mi peso exacto.

—Quizá me haya equivocado. La tantearé otra vez… Ella retrocedió de un salto.

—Por unos instantes, había logrado engañarme.

—¿Engañarla yo?

—Usted sólo quiere volver a lo de antes.

—Mi interés por usted es puramente profesional.

—Usted no es médico sino un *sheriff*. ¿Qué tiene que ver la profesión de usted con mis gramos de más o de menos?

Bart se miró la punta de las botas.

—Bueno, creo que me ha atrapado.

—Menos mal que lo reconoce. Y ahora, lárguese de aquí. Voy a continuar trabajando.

—Oiga, es muy tarde ya.

—Sí, es muy tarde, pero es la hora justa en que puedo hacer la limpieza. De día esto se llena con los enfermos del doctor. Salga fuera.

—Está bien, señorita gruñona.

May atrapó la escoba y fue a descargarla sobre el *sheriff*, pero éste saltó ágilmente y salió del gabinete, después de alcanzar su rifle.

Bart sonrió mientras liaba su cigarrillo. May Burke era una mujer completamente distinta a todas las que él había conocido.

Spencer le había preguntado en muchas ocasiones por qué no se casaba. Era cierto que la hija de los McComby no estaba del todo mal y que un día u otro, cuando sus padres muriesen, ella sería la heredera del molino, pero nunca se había decidido a declararse a Martha McComby porque no era la mujer que deseaba.

Ahora estaba seguro de que había acertado en su decisión. May Burke era su chica.

De repente, oyó una voz a sus espaldas:

—Hola, pajarito.

Estaba terminando de liar el cigarrillo. Miró el rifle que había dejado apoyado en la pared y la misma voz de antes dijo:

—No, muchacho, no pienses en él.

Alzó los ojos, observando el pasadizo oscuro que estaba detrás de la escalera. Allá abajo había una puerta que daba a la parte trasera de la casa.

Vio brillar un revólver.

—Lo siento, amigo, pero el doctor no está —dijo Bart.

—¿No?

—Si le duelen los juanetes, tendrá que esperar a mañana.

—No me duelen los juanetes.

El tipo avanzó lentamente, y Bart pudo verlo a la luz del quinqué que había sobre la consola.

Era un hombre delgado, de mediana estatura, cara fina, alargada.

—Buenas noches, *sheriff*.

—¿Quién es usted? Nunca lo vi por aquí.

—Aciértelo.

—Ya entiendo. Usted es el nieto de los *Shute*.

—Frío.

—El hijo de los Bermúdez, los duelos de la posada El Charro.

—No da una en el clavo, maestro.

—Bueno, usted dirá.

—Soy el tipo que se lo va a cargar, *sheriff*.

Bart sonrió mientras mojaba el papel con la punta de la lengua. Luego dijo:

—Qué bromista es usted, compañero.

—No me engañaron los que me dijeron que usted era un tipo duro.

—¿Y quiénes se lo dijeron?

—Gente que lo conoce.

—Dígame su nombre y empezaré a llamarlo por él.

—Walt Deeping.

—Muy bien, Walt. Le voy a decir lo que le conviene.

—Hable, *sheriff*. También me advirtieron que usted tiene un pico de oro.

—Dé media vuelta y lárguese.

—¿Me río ahora o espero hasta cuando haya dejado difunto al juez?

—¿A qué juez?

—Al que hay ahí dentro.

—Se ha confundido, Walt, ésta no es la casa del juez sino la del médico.

—¿Cree que soy tonto? Sé que el juez está aquí. Usted hizo de buen samaritano y lo libró de los hombres malos. —Deeping rió—. ¿Voy bien?

—No, Deeping. Sigue un camino que sólo lo puede conducir a un sitio que se llama fosa.

—Usted es todo un tipo hablando. Lo hace emocionante, *sheriff*. Palabra que sí.

—De modo que me va a liquidar a mí primero y luego al juez.

—Infiernos, hasta acierta los jeroglíficos más complicados.

—Si me pega el tiro aquí, despertará al doctor.

—Qué risa. No está en su día de suerte. Sé que el doctor se largó. El juez está solo. Por eso se vino aquí usted, para montar

guardia.

Hacía rato que no se oía ningún ruido en el gabinete. Bart se dijo que Deeping no conocía la existencia de la joven enfermera, pero la conocería en cuanto oyese cualquier ruido que le llegase del interior, y para Walt no sería ningún problema cargarse también a la joven. Es lo que haría para no dejar ningún testigo de sus crímenes.

—Bueno, Deeping. Podríamos llegar a una transacción.

—No hay nada que hacer.

—En la comisaría tengo doscientos dólares para gastos imprevistos. Pueden ser suyos, si renuncia a su idea.

—No, compañero. No puedo renunciar.

Deeping levantó el revólver.

Bart supo que aquel hombre no se entretendría mucho en apretar el gatillo. Ya había hablado todo lo que tenía que hablar, y se disponía a realizar su trabajo.

Justo en ese momento se abrió la puerta del gabinete y May salió diciendo:

—*Oiga, sheriff…*

Bart saltó sobre ella y la atrapó por el cuello, derribándola en el interior de la habitación. Justo cuando caía al suelo, cerró con el tacón.

Pero había tenido que dejar el rifle fuera.

La joven lanzó un grito.

—¡Eh!, ¿qué pasa?

Lomond se levantó de un salto y le quitó la escoba.

En ese momento se abrió la puerta y Walt irrumpió con el revólver por delante.

Bart descargó un escobazo sobre la muñeca armada de Deeping.

Pero la escoba se partió y el bandido continuó en posesión del revólver, aun cuando debido a la fuerza del impacto, su «Colt» apuntó por unos instantes al suelo.

La zurda de Bart cruzó el aire como una exhalación, estrellándose en el maxilar inferior de Deeping, el cual remontó el vuelo y fue justo a aterrizar sobre un juego de agujas que estaban sobre la mesa.

Debió caer en muy mala posición porque lanzó un grito horroroso y arrojó el «Colt» al suelo.

Bart fue a abalanzarse sobre su enemigo, pero en ese momento la muchacha se puso en pie, colocándose entre los dos hombres.

—¡Apártese de ahí, May!

Aquellos segundos sirvieron al matón para recuperarse, y se arrojó al suelo, buscando la pistola.

La joven se había quedado quieta y Bart tuvo que pegarle otro empujón.

Walt estaba atrapando el revólver cuando el *sheriff* cayó sobre él, asestándole un mandoble en el cuello.

Deeping tropezó con May, que trataba de ponerse en pie, y los dos se vieron abajo.

La joven enfermera no dejaba de dar chillidos a cada golpe que recibía.

Deeping atrapó a la muchacha por la cintura y la arrojó sobre Bart, que ya se había puesto otra vez en marcha.

El *sheriff* tomó a la joven por la muñeca y la hizo girar violentamente.

May, cuando terminó de dar vueltas, aturdida, golpeó la cadera contra el borde de la mesa y nuevamente se vino a tierra.

Bart blocó un golpe de Deeping, y le asestó un derechazo al hígado.

El otro se vino hacia adelante y entonces Lomond remató con un terrible golpe de izquierda.

El pistolero cruzó la estancia, arrancó de cuajo el esqueleto que colgaba de un gancho, y que servía al doctor Stone para sus estudios sobre los huesos, y él ocupó su lugar, al quedar prendido del cuello de la chaqueta. Osciló a un lado y a otro, porque había perdido el conocimiento, pero no llegó a caer y, tras muchos vaivenes que le dieron el aspecto de poseer un extraño tembleque, quedó inmóvil.

Bart exhaló un suspiro y se acercó a la joven.

—Gracias, muchacha.

—¡No me toque!

—Oiga, me salvó la vida.

—Sí, y yo he estado a punto de perder la mía.

La tomó del brazo, a pesar de sus protestas, y la levantó.

—Usted salió intencionadamente para salvarme, May.

—No diga tonterías. Yo salí para recordarle una cosa.

—¿El qué?

—Mis ojos no son castaños sino negros.

Él la miró a los ojos.

—Tiene razón —la miró a la boca—. Y sus labios son muy rojos.

La abarcó por la cintura y la besó fuertemente en la boca.

—Eh, ¿qué hace? —gritó ella.

—Trato de aprovecharme de las circunstancias.

—Es usted un cínico.

—¿Porque digo la verdad? —repuso él, y la volvió a besar.

—*Sheriff*, es usted un desvergonzado —exclamó May, cuando logró salir a la superficie—. Hace un rato que está aquí y ya me ha dado dos besos.

—Dicen que no hay dos sin tres.

Ella lo apartó de un empellón.

—¡No se aproveche más!

Bart rió.

—Bueno, May, me temo que tal como están las cosas no tengo más remedio que reconocer que es usted la mujer que yo deseo como esposa.

—¿Qué dice?

—No me irá a decir que siente horror por el matrimonio.

—No crea que me entusiasma la idea de casarme.

—¿Por qué?

—Me ha ido muy bien como mujer independiente.

—Bueno, no tiene que preocuparse por eso. Prometo respetar todos sus derechos.

Walt Deeping dio señales de volver en sí.

—Perdone, May, pero me tengo que ocupar de este tipo.

—¿Qué va a hacer con él?

—Quiero que me cuente el último episodio de su vida. Me interesa mucho.

El *sheriff* se detuvo delante de Deeping, que ya había abierto los ojos.

—¿Me conoces, Walt?

—Váyase al cuerno, *sheriff*.

—Quiero que me digas por qué te has metido en este jaleo.

—¿Por qué se mete uno en las cosas? Por dinero.

—¿Cuánto te pagaron?

—Trescientos.

Deeping trató de descolgarse del clavo, pero Lomond le pegó un manotazo.

—Te quedarás ahí hasta que hayamos terminado de charlar.

—Esta posición es muy incómoda.

—Más iba a ser la mía. Me ibas a meter en un ataúd.

—Tiene usted unas cosas, *sheriff*…

—¿Quién te pagó?

—Un rubio.

—Su nombre.

—Jewely.

—Lo suponía, pero quería oírlo de rus labios. —Bart giró hacia la joven—. Oye, May, tengo que llegarme a la comisaría para encerrar a este tipo y descifrar de una vez el misterio. Tendrás que quedarte aquí.

—Me quedaré.

—¿Sabes tirar con el revólver?

—He disparado en algunas ocasiones. Dicen que no lo hago mal del todo.

Bart tomó el «Colt» de Deeping, y lo entregó a la joven.

—No abras la puerta a nadie, a no ser que se trate del doctor. Regresaré lo más rápido que pueda.

—Sí, Bart.

El *sheriff* descolgó a Deeping del gancho, y lo empujó hacia la puerta, pero él salió primero y se apoderó del rifle.

—Recuerda mis advertencias, May. Estamos metidos en un endiablado jaleo. Este hombre se llegó aquí con la intención de liquidarnos a mí y al juez. Si se acerca alguien con dolor de muelas u otra cosa, dile que vuelva mañana.

—Puedes estar tranquilo, Bart. No dejaré entrar a nadie, salvo al doctor.

—Así me gusta.

Empujó a Deeping, y seguidamente los dos hombres emprendieron el camino a la comisaría.

Al llegar al porche, llamó a Spencer para que abriese.

—Pero, Bart, ¿otro inquilino? —dijo el viejo al ver al nuevo detenido.

El tipo quiso llenarme de plomo, quédate aquí. Yo voy a hablar

con Oscar.

—Será tiempo perdido.

Bart tomó el llavero de la pared y condujo a Deeping a la celda.

Hillman acudió a la puerta cuando el *sheriff* la abría.

—Eh, *sheriff*, ¿quién es éste?

—Un amigo tuyo.

—En mi vida lo he visto. Yo no conozco a ese tipo. Y le voy a decir otra cosa. Protestaré ante la inspección de comisarías. Esta celda sólo tiene dos camastros y aquí somos cuatro hombres.

—Muy bien, Hillman. Cuando quedes libre, te presentaré el libro de reclamaciones.

—Ya ha pasado con exceso la hora de la cena, y todavía no hemos visto un pedazo de pan.

—Me ocuparé de eso luego.

—¿Por qué no ahora?

—Porque tengo que hacer.

Bart metió dentro a Deeping, y cerró la puerta. Luego abrió la de Oscar y se coló dentro.

Cameron estaba muy quieto y parecía dormir.

El *sheriff* le pegó con el dedo en el hombro.

—Eh, Oscar, arriba.

El detenido se incorporó.

—¿Qué quiere?

—Va a soltar prenda.

Oscar fue a protestar, pero el *sheriff* lo interrumpió:

—Eh, oiga. Por su culpa se están jugando la piel en este pueblo unas cuantas personas. Ha estado a punto de morir una mujer inocente. ¿Lo entiende? Tiene que soltar carrete o lo saco ahora mismo de aquí y lo dejo libre.

Oscar se pasó la lengua por los labios.

—Está bien. Se lo contaré.

—Adelante, le escucho.

* * *

—Soy tratante en caballos, señor Lomond. Durante mucho tiempo he trabajado las comarcas del norte. Yo llevaba mis caballos a Fort Laramie, donde los vendía. Hace unos años había en Fort Laramie un comandante llamado William Rodcrave. Era un hombre

enérgico, un tipo de la vieja escuela. Rodcrave estaba casado con una mujer de una belleza extraordinaria. Grace, que así se llamaba ella, era la mujer con quien la mayoría de hombres sueñan y no resultaba difícil suponer que podía ser la perdición del tipo al que se le metiese en la sangre.

Cameron hizo una pausa para mojarse los labios con la lengua.

—Eso llegó a ocurrir. Un hombre en Fort Laramie se enamoró perdidamente de Grace. El tipo se llamaba Roury Keef. Tenía la graduación de teniente, y era un hombre bastante desagradable. Procedía de San Luis, y tenía fama de mujeriego. Naturalmente, un tipo de esa clase elegiría a Grace Rodcrave como presunta víctima, pero Roury encontró en la mujer del comandante a la horma de su zapato.

Oscar se rascó un tobillo.

—Es natural que Roury tratase de conquistar a Grace, pero ella lo despachó siempre a cajas destempladas. Roury tuvo que soportar muchas bromas, que le fueron agriando el carácter. Empezó a beber cada vez con más frecuencia. Una noche en que el comandante celebraba una reunión con los altos jefes, Keef se dejó caer por el pabellón de Rodcrave. En esos momentos, Grace se encontraba a solas en la casa. Indudablemente, Roury le quiso hacer el amor. La señora Rodcrave lo rechazó. Pero el teniente estaba bebido y se abalanzó sobre ella. La señora Rodcrave se puso a gritar, y Roury le acercó las manos al cuello. Apretó demasiado y, cuando se fue a dar cuenta, había estrangulado a la señora Rodcrave.

Oscar guardó un nuevo silencio…

—Es muy interesante todo eso.

—Lo será más a partir de ahora.

—¿Qué pasó después que Roury estranguló a la mujer del comandante Rodcrave?

—Nadie se había apercibido de los gritos que la señora lanzó en su agonía. Roury Keef estuvo allí quieto. De pronto, se abrió la puerta y apareció el comandante. Al ver a su mujer en el suelo, comprendió lo ocurrido. Fue a empuñar la pistola, pero el otro le había sacado mucha ventaja porque tenía su arma guardada debajo de un cojín. Sin pestañear, le disparó dos tiros. El comandante Rodcrave recibió una bala en el pecho y otra en el brazo. Roury escapó inmediatamente de Fort Laramie. El comandante no murió

en el acto, vivió aún cuatro horas; de modo que pudo explicar quién era el asesino.

Oscar se puso en pie y caminó hacia la pared donde estaba el ventanuco.

—Eh, *sheriff* —gritó Hillman desde la otra celda—. ¿Es que aquí no se cena?

—Cierra la boca —gritó el *sheriff*.

—Le juro que…

—Sí, ya sé, reclamarás a la inspección de comisarías, pero quédate callado si no quieres que te bañe con un cubo.

Hillman se puso a soltar maldiciones por lo bajo.

—Continúe, Oscar —dijo el *sheriff*.

—Se dio orden de captura contra Roury Keef, y una compañía salió en persecución del fugitivo. Pero el asesino nunca pudo ser hallado. Unos supusieron que se había dirigido al Canadá, otros que a Oregón. Hubo opiniones para todos los gustos. —Oscar prestó atención—. ¿Ha oído eso?

—¿El qué?

—Esos hombres intentan escaparse. He oído un ruido en la cerradura.

El *sheriff* sacó el revólver, saliendo al corredor.

El rubio Lowell estaba de rodillas ante la puerta de la celda. En su mano derecha tenía una horquilla, con la que estaba trabajando en el ojo de la cerradura.

—No sea estúpido —dijo Bart—. Con ese procedimiento no conseguirá nada.

Rudy se puso en pie, sonriendo.

—*Sheriff*, ¿me deja decirle lo que le conviene?

—Cállese, Rudy. Soy mayorcito, y estoy al corriente de mis obligaciones.

Bart penetró otra vez en la celda, pero se quedó junto al hueco.

—Siga, Oscar.

—Hace una semana llegué a Centerville. Los médicos me habían dicho que el clima del Norte no me iba bien. Pesqué un catarro bronquial, y me dijeron que me iría a la tumba, si no cambiaba aquel clima por otro más seco. Aquí también se podía comprar y vender caballos, de modo que hice el equipaje y me dirigí al sur… Fue en Centerville donde lo vi.

—Sí. Me lo tropecé en el *saloon* La Gaviota. Él salía y yo entraba. Lo reconocí inmediatamente, a pesar de que él se había dejado crecer el bigote y que ahora no se cubría con el uniforme. Él también reparó en mí, y tuve la impresión de que se daba cuenta de que yo lo identificaba. Aquel encuentro solo duró unos segundos. Él continuó su camino hacia la calle, y yo me acerqué al mostrador. Tardé en reaccionar unos momentos. Bebí el vaso de *whisky* y salí fuera. La verdad es que estuve dudando mucho si dar cuenta al *sheriff* local de que en aquella ciudad había un asesinó qué era buscado en el Norte. Naturalmente, suponía que Roury Keef tendría ahora otro nombre, el cual yo no conocía. Finalmente, me decidí a dar conocimiento a la autoridad.

Oscar sacó un pañuelo, con el que se enjugó el sudor de la cara.

—Estaba llegando yo a la oficina del *sheriff* cuando vi en la esquina a dos hombres. Ellos permanecían inmóviles, pero me miraban a mí. Uso revólver, pero soy muy mal tirador. Supe en seguida lo que iba a pasar. Roury Keef había imaginado que yo iba a dar el soplo. Se había gastado el dinero en aquellos dos hombres para que me mataran. Permanecí un rato quieto, mientras aquellos tipos no me quitaban ojo de encima. Sólo había un medio para librarme de una muerte cierta. Di media vuelta y eché a andar, alejándome de la comisaría. No podía irme a mi hotel porque sabía que, en cuanto me encerrase allí, acabarían conmigo. Por otra parte, estaba seguro de que aquellos hombres que había visto junto a la oficina del *sheriff* terminarían por meterse una bala en la cabeza, y ellos no vacilarían en hacerlo en la calle o en cualquier local. Sólo tenía una solución. Huir. De modo que pensé que lo que tenía que hacer era quitarme de encima aquella pareja de asesinos. Fui de un lado a otro. De vez en cuando, me detenía para mirar, pero siempre descubría a lo lejos a los dos fulanos, que no me perdían la pista. De pronto, descubrí al propio Roury, que salía de un hotel. Esta vez él no me vio a mí. Un poco más allá, un vendedor callejero atraía la atención de medio centenar de personas con su verborrea. Me mezclé entre el público y pude escapar sin que mis perseguidores se diesen cuenta. Di la vuelta por un callejón, y entré en el hotel del que había visto salir a Roury. Me llegué al registro y pagué un montón de dólares para recibir información. Describí a Roury Keef al encargado, tal como era ahora, preguntándole por su nombre.

—¿Cuál es el que utiliza ahora Roury?
—David Stone.
—¿El doctor Stone, de Bull Creek?
—*Sí, sheriff*.

CAPÍTULO XIV

May Burke oyó que llamaban a la puerta, y acercóse revólver en mano.

—¿Quién es?

—Soy yo, el doctor.

La joven abrió la puerta, y el médico penetró en la casa.

—Creí que no regresaría hasta mañana, señor Stone.

—Traje al mundo al séptimo de los Callagan, y cuando me dirigía a lo de Gregory, me encontré con uno de sus primos. Me dijo que se encontraba mucho mejor. Mañana a primera hora me llegaré allí. Estoy haciendo todo lo posible por salvarle la pierna y, al parecer lo he conseguido.

Stone no había mirado todavía a la joven porque estaba de espaldas, quitándose la chaqueta. Después de colgar ésta en el perchero, giró e hizo un gesto de perplejidad al ver el revólver que ella empuñaba.

—¿Qué le pasa, señorita Burke?

—Oh, perdone, doctor —dijo, bajando el arma porque hasta entonces había estado apuntando al estómago del médico.

—¿Está asustada?

—Sólo un poco.

—¿De dónde sacó esa arma?

—Pertenece al forajido que vino para asesinar al juez.

Stone arrugó el ceño.

—¿Qué está diciendo, muchacha?

—Es verdad, doctor. Un hombre apareció aquí para matar al juez, pero por fortuna me hacía compañía el *sheriff*.

—*¿El sheriff?*

—Sí. El señor Lomond había presumido el intento de asesinato,

y se vino aquí para vigilar… El *sheriff* se portó muy bien porque impidió que el asesino llevase a cabo su proyecto.

—Caramba, entre usted y el representante de la ley me están produciendo dolor de cabeza.

—¿Es que no me cree, doctor?

—Claro que la creo, señorita Burke —dijo Stone, y se metió en su gabinete.

Se detuvo, observando que todo estaba en desorden.

—¿Acaso el *sheriff* peleó aquí con el supuesto asesino?

—No, señor Stone. Esto es obra mía. Pensé que no regresaría hasta mañana, y me he entretenido en hacer un poco de limpieza.

—Sí, tiene razón, señorita Burke —sonrió el doctor—. Creo que le hacía falta. ¿Cómo está el juez?

—Le tomé la temperatura hace un instante. Tiene treinta y nueve.

—¿Todavía treinta y nueve?

—A mí también me extraña.

—Bueno, me ocuparé de él.

El doctor Stone abrió la puerta del gabinete donde estaba el paciente.

May Burke fue tras él.

El doctor tomó el pulso del juez. Coromby.

—Está un poco agitado. Tendré que inyectarle. ¿Quiere ayudarme, señorita Burke?

—Sí, señor.

—Hierva usted la jeringuilla y la aguja.

La joven salió de la estancia.

El doctor Stone fue a un armario que había junto a la pared, y, después de abrirlo, examinó las medicinas que había dentro. Se decidió por una caja de ampollas, una de las cuales examinó atentamente.

—Espera, Coromby —murmuró—. Dentro de un rato estarás más tranquilo.

May Burke entró en la estancia, llevando una bandeja con la caja humeante, donde había hervido la jeringuilla y la aguja.

—Abra la ampolla, señorita Burke.

May Burke tomó la ampolla y se la llevó al gabinete. Aserró la parte superior y regresó al dormitorio con ella.

—Deje al descubierto el brazo del juez, señorita Burke. El doctor absorbió el contenido de la ampolla en la jeringuilla.

La joven había impregnado un algodón en el alcohol, y ya estaba limpiando la zona del brazo donde el doctor iba a pinchar.

Stone se acercó, dispuesto a la faena.

En aquel momento se oyó una voz procedente del umbral.

—Buenas noches, doctor.

Stone dio un respingo.

Él y la señorita Burke miraron hacia la puerta, descubriendo la figura de Bart Lomond.

—Ah, *sheriff*, es usted —dijo Stone—. En seguida salgo. Quiero que me cuente lo relacionado con ese hombre que, según la señorita Burke, se llegó aquí para asesinar al juez.

—¿Qué está haciendo?

—Voy a inyectar al juez para que pase la noche descansada.

—Comprendo, doctor. Usted quiere que descanse de una vez por todas.

—¿Cómo?

—Quiere liquidarlo.

May Burke estaba con la boca abierta, pero no era menor el asombro del doctor Stone.

—¿Qué dice, *sheriff*?

—Salga fuera, Roury Keef.

—En la estancia se hizo un silencio. El doctor Stone se enderezó.

—¿Qué nombre ha dicho?

—Roury Keef.

El médico se echó a reír.

—Pero, *sheriff*, ¿qué le pasa? Debe estar muy mareado. Es comprensible, teniendo en cuenta todo lo que está ocurriendo en Bull Creek.

—Ya van a dejar de ocurrir cosas en Bull Creek, doctor, en cuanto lo tenga a usted metido en una celda.

—*Sheriff*; ¿ha perdido la cabeza o se la ha hecho perder ese hombre que tiene detenido?

—Por fin salió el hombre que tengo detenido, doctor, el hombre que le conoce a usted, al que ha querido matar a toda costa porque lo identificó en Centerville.

—Jamás he oído más estupideces juntas.

De pronto, Stone saltó sobre May Burke, y la atrapó por la cintura, atrayéndola contra sí. Levantó la mano con la que sujetaba la jeringa, y la dejó suspendida sobre el cuello de la joven.

Bart tenía el revólver en la mano, pero el doctor dijo:

—Tire esa arma.

—Entréguese, doctor.

Tire esa arma o le inoculo la inyección a la señorita Burke. Y le puedo asegurar que morirá en quince minutos.

Bart respiró profundamente y por fin dejó caer el revólver al suelo.

—Así me gusta, *sheriff* —rió Stone.

—¿Qué se propone? ¿Convertir Bull Creek en un cementerio?

—Será culpa suya, porque no me ha dejado otra salida.

—Ha querido matar al juez porque Oscar se había empeñado en hacer la declaración ante su presencia.

—Sí, y también ordené la muerte de usted porque me imaginé que se pondría de parte de él.

—Muy juicioso, doctor.

—Conozco su estúpido afán por la justicia.

—¿Cómo se atrevió a venir aquí para ocupar la plaza de doctor?

—Soy médico, pero abandoné mi profesión por la carrera militar.

—Bien, Roury. Dese preso.

—No diga cretinadas. Usted no me pondrá las esposas.

May Burke levantó el brazo rápidamente, golpeando en la mano con la que Roury sostenía la aguja.

La joven perdió el equilibrio y se vino abajo.

El doctor lanzó un rugido de furia y se dispuso a clavar la aguja en el cuerpo femenino.

Bart ya había saltado sobre Roury Keef, alias David Stone.

Su mano apresó la muñeca cuando la aguja estaba a punto de clavarse en la espalda de May.

Los dos hombres se desplomaron en el suelo, pero Bart estaba ebrio de ira y descargó un terrible puñetazo en el maxilar inferior de Stone, dejándolo sin sentido.

Luego se volvió hacia la muchacha.

Instintivamente, los dos se abrazaron.

De repente, se oyeron estampidos en la calle.

—¿Qué es eso? —preguntó la joven.

—Están atacando la comisaría —contestó Bart, poniéndose en pie—. Dame dos cuerdas, rápido.

La joven salió del gabinete y a poco regresó con las dos cuerdas que sirvieron para atar de pies y manos al asesino del matrimonio Rodcrave.

Bart recuperó su revólver.

—No tienes que temer nada —dijo—. En seguida vuelvo.

Se lanzó a la calle y vio a tres hombres frente a la comisaría, disparando sobre la ventana y la puerta.

Uno de ellos era el rubio Jewely, que al fin se había decidido también a echar mano al revólver.

—¡Cuidado! —gritó uno de los tipos—. ¡Ahí viene el *sheriff*!

Bart se arrojó de la acera, mientras apretaba el gatillo.

Jewely lanzó un grito de terror cuando una bala le hizo perder el equilibrio.

Lomond se puso en cuclillas, mientras seguía disparando.

Uno de los fulanos recibió un balazo en la cabeza, y dejó caer el arma, abatiéndose como un fardo.

El tercer tipo estaba en una zona oscura y echó, a correr por un callejón.

Bart se puso en pie y avanzó hacia la comisaría.

—¡Spencer! ¡Cameron! ¿Están bien?

Se abrió la puerta y el viejo y Oscar Cameron aparecieron en el hueco, portando armas.

—Sin novedad, muchacho —dijo Spencer.

El representante de la ley oyó gemir a Jewely y se acercó a su lado.

El rubio estaba herido muy cerca del corazón y miró al *sheriff*.

—Bueno, Jewely. Todo quedó solucionado. El doctor Stone ya está preso. ¿Tiene algo qué decir?

—Roury y yo fuimos amigos en San Luis. Yo estaba en Centerville.

—¿Es abogado realmente?

—No, pero trabajé con un juez. El doctor me prometió mil dólares si le ayudaba a cargarse a Oscar Cameron… La verdad es que no sé por qué. Roury no me puso al corriente del asunto. ¿Me lo puede explicar usted, *sheriff*?

—Desde luego.

Pero de pronto Jewely se estremeció y echó la cabeza atrás, expirando.

Bart se dijo que el rubio se había muerto sin saber siquiera cuál era el interés de Roury Keef por la desaparición de Oscar Cameron.

Bart oyó pasos y vio a Cameron que se llagaba a su lado.

—Bueno, Cameron, ¿por qué infiernos no lo confesó desde un principio?

—Me habían dicho que el juez Coromby era un hombre justo, y a usted no lo conocía. Podía estar en combinación con Stone o dejarse ganar por el dinero que le pudiese dar él.

Bart se rascó el cogote.

—Sea usted honrado para eso.

—No me convencí de su honradez siquiera cuando detuvo a esos fulanos. Pensé que estaba haciendo una comedia.

—No hace falta que se justifique más, pero muchas cosas se podrían haber evitado si usted hubiese hablado desde el principio.

—Acháquelo a los nervios. Estaba aterrorizado. Habían intentado asesinarme varias veces por el camino, y siempre me libré de milagro.

El viejo Spencer se echó a reír en el porche.

—Eh, Bart, ¿sabes una cosa? Quizá sea debido a las emociones, pero veo un poco mejor.

Fue a bajar por los escalones y tropezó. Pero se asió a la columna del porche. Después de carraspear fuerte dijo:

—Mañana mismo arreglo esta condenada escalera.

Bart rió. Sí, un día u otro el viejo se quedaría ciego, pero nunca estaría solo. Ya se estaba ocupando de que Spencer tuviese una buena jubilación, y aquella ciudad, Bull Creek, era un buen lugar para él, Bart, y una mujer, constituyen un hogar.

—Eh, jefe, mira eso —interrumpió Carrol sus pensamientos.

Por la acera se acercaba el doctor, trabadas las manos, y detrás de él caminaba May con un revólver.

Bart se echó a reír.

—Muchacha, ¿cómo te has atrevido?

La joven dio un suspiro, mientras el viejo se ocupaba del prisionero.

—¿No debo empezar a acostumbrarme a ser la esposa del

sheriff?

La puerta del *saloon* de Most se abrió bruscamente y Kid Godard salió a la calle, seguido de sus hombres.

El ranchero vio los cadáveres y se dirigió al representante de la ley.

—Oiga, Bart —se rascó una mejilla porque le costaba trabajo hablar—. Quiero decirle que he cambiado de opinión respecto a usted. Sí, señor. Ha resultado un tipo muy bueno, y ya puede estar seguro de que a partir de hoy seré su amigo. Volveremos muchas veces por aquí.

—De acuerdo, Godard. Yo también me felicito por contar con su amistad.

El ranchero se esponjó, satisfecho.

—¡Vamos, muchachos, a los caballos! ¡Hemos de regresar al campamento!

El grupo de *cowboys* dirigidos por Godard se alejaron tras una nube de polvo.

Oscar Cameron dijo:

—*Sheriff*, creo que es ahora cuando tengo que beber un vaso de *whisky*.

Echó a andar hacia el *saloon* de Most.

Bart se acercó a la joven enfermera. Se miraron a los ojos y de pronto ella se arrojó en los brazos de él.

FIN